

1º

E.G.B.

anaya



MUNDO NUEVO

CHAROLÍN Y MEDIASUELA

Charolín y Mediasuela son dos botitas gemelas.
Su dueño se llama Tomín.

Tomín se pone las botitas todos los días.
También los domingos.
Con ellas juega y va al colegio.

De noche, Tomín las deja en su habitación.
Duermen al pie de su cama. El gato Cifú las abriga con
su piel.



Pero esta noche no tienen sueño.
Mediasuela se aburre.

—¡Quién pudiera volar, Charolín! ¡Tengo ganas de salir de esta habitación!

—¡Si tuviésemos alas!

—Iríamos al país de los árboles.

—Y al de los pájaros.

—Y al país de nuestros papás-zapatos...

Mediasuela se puso triste.

¡Quién pudiera volar!



LA LUNA GRANDOTA

La Luna Grandota se asomaba por la ventana.

Oyó hablar a las botitas.

—¡Qué pena! No pueden volar. Tengo que ayudarlas. ¡Botitas! ¡Botitas!

Charolín y Mediasuela pestañearon. No sabían de dónde venía la voz.

—¡Eh! Soy yo, la Luna. Ataos por los cordones. ¡Vamos, pronto! Montad sobre mis rayos. Yo iré delante de vosotros toda la noche.



El rayo de luna corría veloz. ¡Qué cerca estaban las nubes!
Se las podía tocar con la mano.

La Luna las dejó en un camino.

—Gracias, amiga Luna. Nos acordaremos de ti.

—¡A correr mundo!

Caminaron. Sentían algo extraño. ¡Claro!, iban solas. Sin los
pies del niño.

Tuvieron miedo de algunos árboles oscuros.

Pero iban contentas. Pronto tendrían muchas aventuras.





DON GLOBO

Ha llovido sobre el camino.
Hay barro y charcos de agua sucia.
Mediasuela gritó:

—¡Oh, me resbalo!

—Es un barrizal. Mi charol se ha manchado de barro.

—¡Cómo nos hemos puesto!

—¿Qué haremos ahora? ¿Quién nos ayudará a salir de aquí?

—La Luna está muy alta. No podrá oírnos.

Las botitas lloraron en el barrizal.



Por el cielo iba don Globo. Venía de la fiesta de un pueblo.

Desde lo alto oía llorar a las botitas.
Se acercó más a la tierra, y preguntó:

—¿Qué os pasa?

—No podemos caminar. Hay mucho barro en el camino.

Los hermanitos de don Globo venían detrás.

Don Globo les dijo:

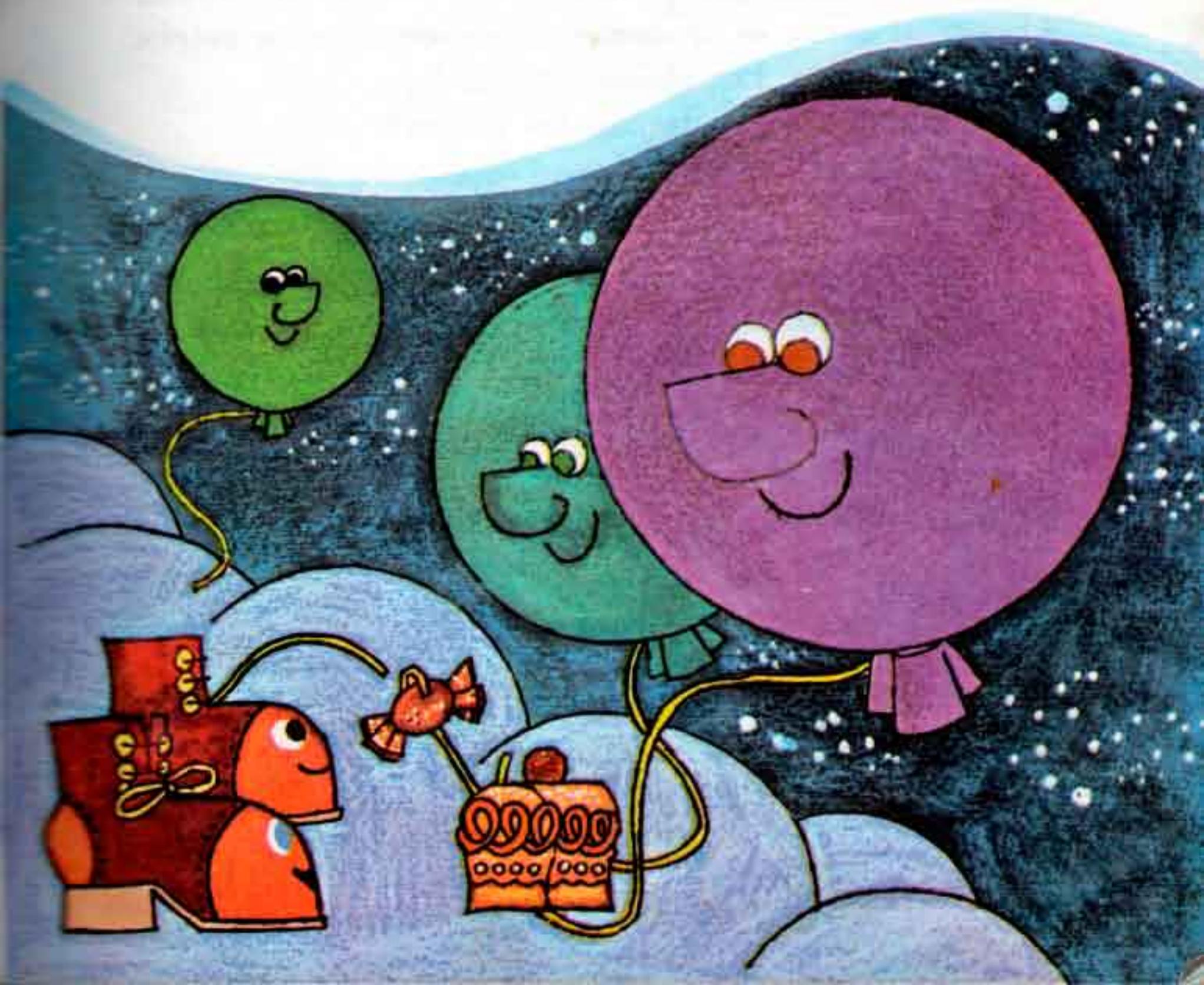
—Hermanos globos, debemos salvar a las botitas. Cogedlas por los cordones.

Los globos traían caramelos y pasteles.
Se los habían regalado en la fiesta.
El globo mayor invitó a las botitas:

—Aquí tenéis todos estos pasteles. Pero, ¡cuidado!, no comáis muchos. Os harían daño.

Las botitas se chupaban los dedos.

¡Qué gran banquete se estaban dando!



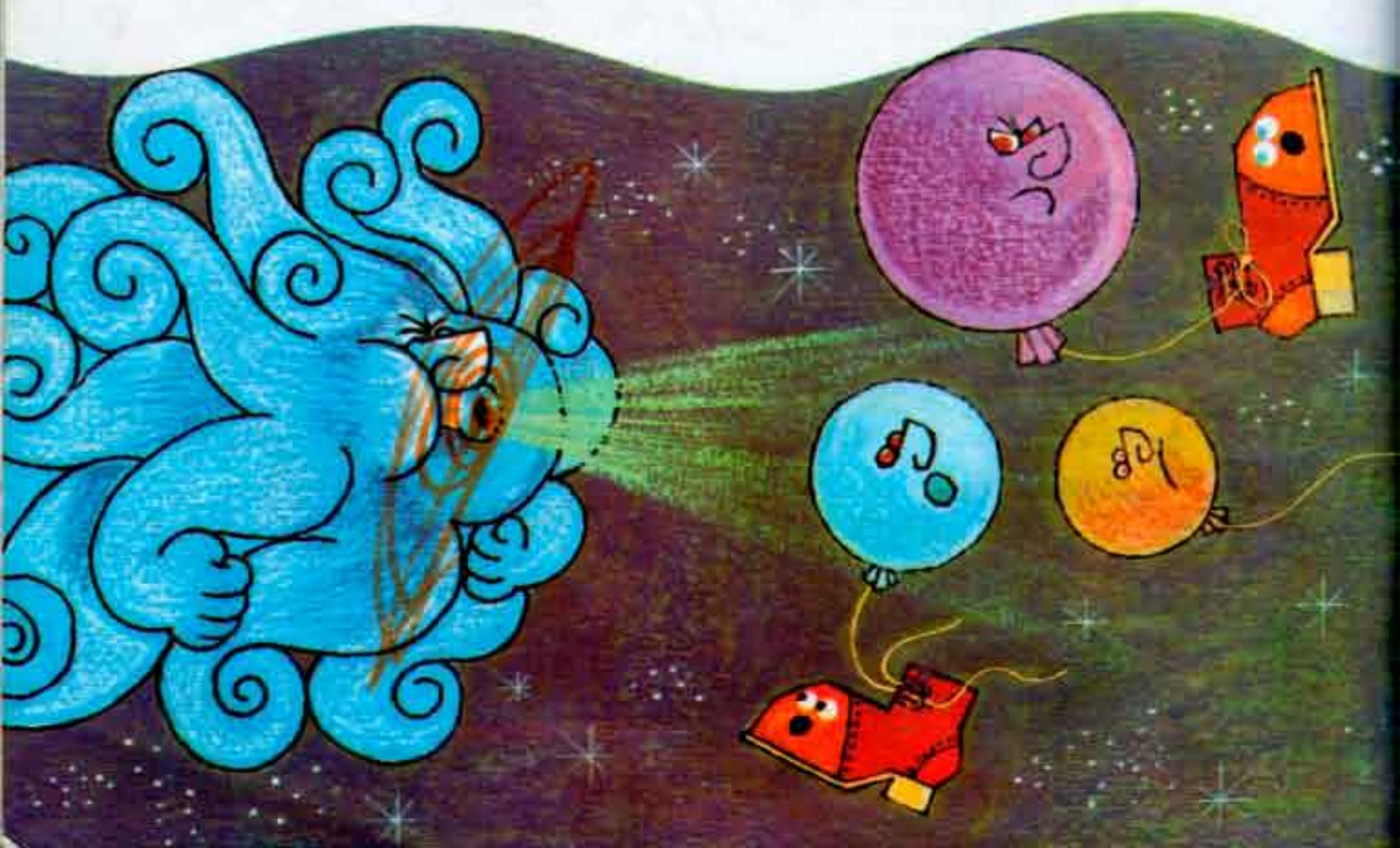
Aquella noche el viento no quería dormir. Tenía ganas de pasear.

—Les gastaré bromas a las nubes. Me enredaré en los árboles. ¡Cómo voy a reírme! Ahí vienen unos globos. También me divertiré con ellos. Les empujaré de un lado para otro. ¡Qué risa!

Los globos daban vueltas y vueltas. Se mareaban. Las botitas gritaron:

—¡Cuidado! ¡No nos soltéis!

Pero ya era tarde. Los globos habían soltado sus cordones. Al caer al suelo, se arañaron. Sufrieron algunos golpes. Miraron al cielo. Los globos estaban lejos. Pero ¿dónde se encontraban las botitas?



SALE EL SOL

Habían caído en un sitio desconocido.

Charolín miraba asustada a todas partes. Hacía frío.

—No veo nada, Mediasuela.

—Yo quiero volver a casa.

—¡Luna, Luna! ¡Ayúdanos!

Pero la Luna ya se había ido. Cada vez venían más nubes. Comenzaba a llover.

Las botitas se mojaban.

De pronto vieron unos matorrales. Era un buen refugio contra la lluvia. Mediasuela bostezaba.

—Estoy cansada. Tengo sueño.

Estaban muy cansadas. Cerraron sus ojitos. Y se quedaron dormidas.

*Descansad, botitas,
dormid con placer,
que al venir el alba
deberéis correr.*



El Sol se mete por las grietas de las botitas. Los cordones se han secado.

Es de mañanita. El Sol les da en la cara.

—¡Arriba, perezosas!

Charolín abrió sus ojitos. Mediasuela estaba aterida y muerta de frío. Tenía dos gotitas de agua en sus mejillas. Eran dos lágrimas heladas. Había helado aquella noche.

—¡Uf, qué frío!

A su alrededor hay un campo verde. Está lleno de flores.

—¡Qué hermoso día!

—Todavía tengo sueño.

El Sol les vuelve a gritar:

—¡Vamos, arriba ya!

Las botitas se levantan. Sacan brillo a su charol con las hojas de los árboles. Y se ponen de nuevo en camino. ¡Hacia la aventura!



VERDEROL

Las botitas pasaron un pedregal. Mediasuela se hizo una herida en el talón. Le molestaba. Casi tenía que ir a rastras. Se paró y descansó un poquito.

Muy cerca estaba el nido de Verderol. El pajarito vio cómo se curaba. Sintió mucha pena por Mediasuela.

—Botita, ¿quieres que te busque un trapito?

—Hola, Verderol. No te molestes.

Mediasuela seguía quejándose. Pero Verderol era muy listo y muy bueno.

—¡Mira, botita! Mi amigo Pardal trae un copo de algodón. Te limpiarás mejor.

—Gracias, Pardal.

Después, Verderol le puso la venda. Era un trocito de gasa. La había tirado un labrador.

—¿Por qué lloras, Mediasuela? ¿Todavía te duele?

—No, ya no me duele. Estoy mejor.





—¿Queréis divertirnos? —les dijo Verderol—. Lo pasaréis muy bien. Seguidme. Cerquita está el hombre de piel tostada. Es el rey mago del calor.

Verderol echó a volar. Dijo a los pájaros curiosos:

—A cantar y a volar todos.

Los pajaritos formaron una rueda. Charolín y Media-suela quedaron en el centro.

Un gorrión detuvo a la pandilla.

—¡Cuidado! El hombre de piel tostada está furioso.

Verderol le dió un picotazo.

—¡Qué sabrás tú, don Sabelotodo!

Los pájaros siguieron cantando y desfilando.

LA HOGUERA

Charolín dio un codazo a Mediasuela. Un codazo de alegría. ¡Una hoguera! ¡Y un gitano!

—¡Qué suerte tenemos! Los gitanos son más buenos que el pan.

Un gitanillo se calentaba. Tenía las piernas abiertas. Apoyaba sus manos y su barbilla en una vara de avellano.

Mediasuela cogió a su hermanita por los cordones. Pasito a pasito se colaron hasta la hoguera. ¿Sabéis dónde quedaron? Entre los pies del gitanillo. ¡Qué calor!

Mediasuela entró pronto en calor. Comenzó a armar bulla. Quería hacer más alta la hoguera. Hasta el cielo de grande.

No se atrevía a levantar sus ojitos. ¡Si la ve el gitanillo...!

Levantó su ojito izquierdo.





—Mira, Charolín... El gitanillo tiene una hoguera en cada ojo.

—Es cierto. Seguro que es un brujo.

—Sí, sí, son brujos. El perro también. Sus ojos también tienen fuego. ¡Brujos!

La hoguera dió un chispazo. Las botitas cerraron sus ojos. Se abrazaron. Tenían miedo. ¿Habría saltado un brujo de las llamas?

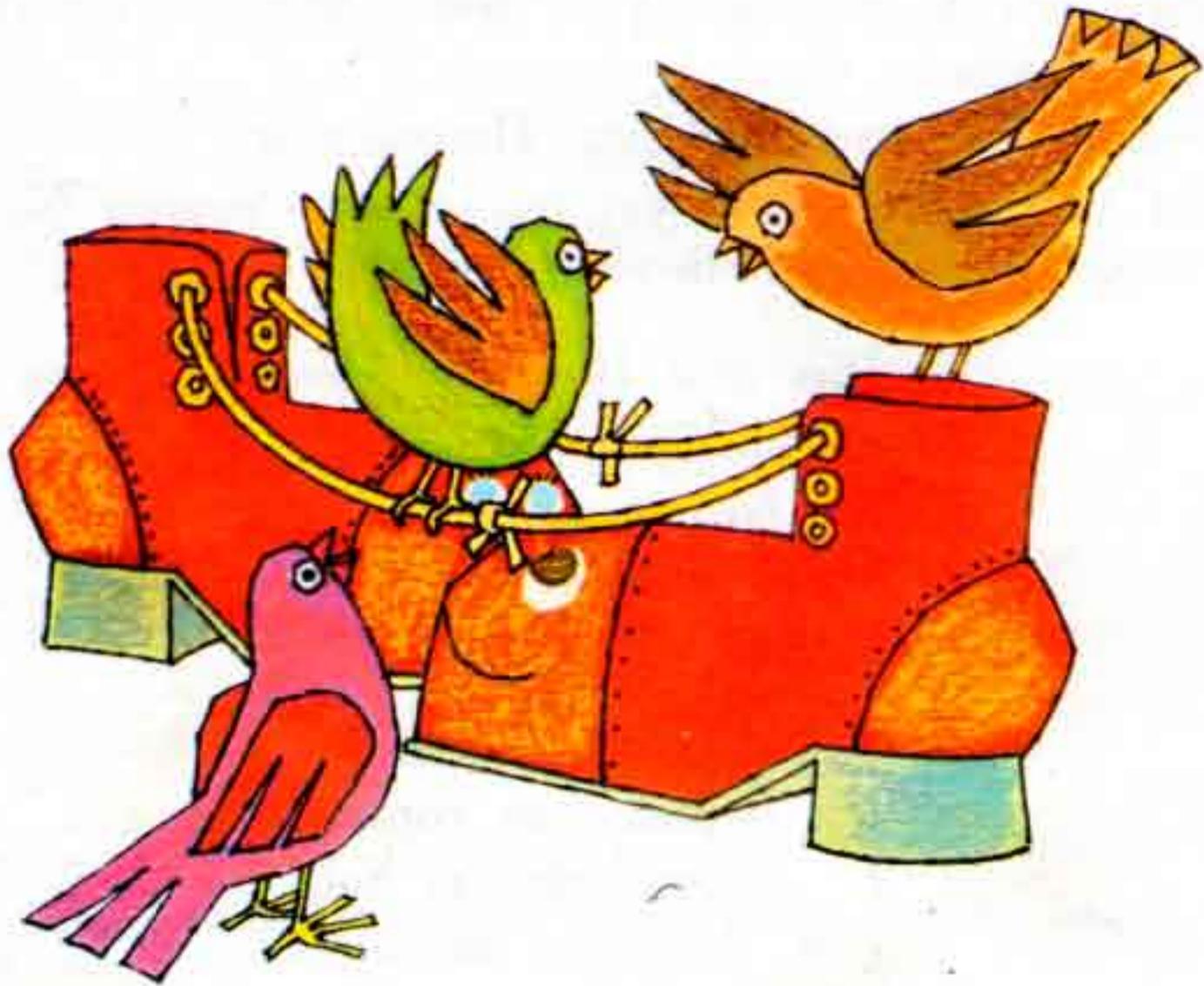
—¡Ay, pillinas! ¡Deteneos!

—¿Quién será? —dijeron ellas.

Alguien las tenía cogidas por las orejas.

¿Sería el brujo?

—Soy yo, el gitanillo. Os vi jugar por el rabillo del ojo. No tengáis miedo. El fuego es muy juguetón. Yo soy amigo vuestro.



EL COLUMPIO

Mamá gitana limpió las botitas. Les puso cordones nuevos. Las sacó a tomar el sol.

Apareció Verderol.

—Vengo a visitaros. ¿Cómo estáis?

—Lo pasamos de rechupete. ¿Quieres jugar con nosotras?

Las botitas se pusieron una frente a otra. Unieron sus cordones y formaron un columpio.

—Verderol, ¿quieres columpiarte?

—Encantado.

—Mira. Primero te balanceas en mi cordón: diiin, dooon. Después, saltas al de mi hermana. Y te balanceas también: din, dan, din, dan.

—Fenómeno. ¿Y qué hacéis vosotras?

—Nosotras cantamos: Diiin, daaan, diiin, daaan...

Pipo era el gitanillo. Veía cómo jugaban los tres.
Mediasuela le dijo:

—Saca nuestros cordones. Haremos un columpio grande.
te. Por un extremo cojo yo; por el otro cogerá Charolín.
Verderol llamó a todos sus amigos.

*Din, dan, din, dan...,
el columpio viene y va.
Arriba, Verderol;
abajo el señor Pardal.
Din, dan, din, dan...*

*Pajaritos en el cordón.
Las botitas muy contentas.
En el cielo vive el Sol.
Din, dan, din, dan...*



PIPO EL GITANILLO

Ya atardecía. Mamá gitana puso las botitas a Pipo. Pipo estaba muy orgulloso con ellas.

—¿Adónde nos llevas?

Pipo no respondió. Saltó sobre la hoguera como un canguro.

Charolín y Mediasuela perdieron la respiración.

—¡Ay!

—¿Será un brujo de veras?

Pipo bailó y bailó. El fuego guiñó a las botitas. Y bailaron como sólo ellas saben. Cada vez mejor.

Mamá gitana dijo a Pipo:

—Acaba ya, Pipo. Las botitas están sudando.

Pipo se descalzó. Levantó con sus manos a las botitas. Y papá gitano, mamá gitana y los hermanitos gitanos aplaudieron.





Pipo les dio un beso. Y se marchó a limpiarlas.
Estaban agotadas.

¡Eran muy buenas bailarinas! Pipo las acarició. Las quería como a sus hermanas.

—¡Ay, qué sueño tengo esta mañana! —dijo Mediasuela.

—Yo tengo más que tú —respondió Charolín.

Oyeron silbar a Pipo.

—¿Nos hacemos las dormidas?

Y sus ojitos pestañeaban.

—¡Hola!, amiguitas. ¿Vais a dormir?

—¡Pues claro! Estamos muy cansadas.

—¡Vaya, vaya! Yo que tenía una sorpresa. Iba a daros una vuelta a caballo.

—¿Cómo?

Y comenzaron a saltar locas de alegría.

PERLERO

Perlero esperaba junto a un chopo. Era un caballo de carreras. Un caballo goloso. Le encantaban los terrones de azúcar.

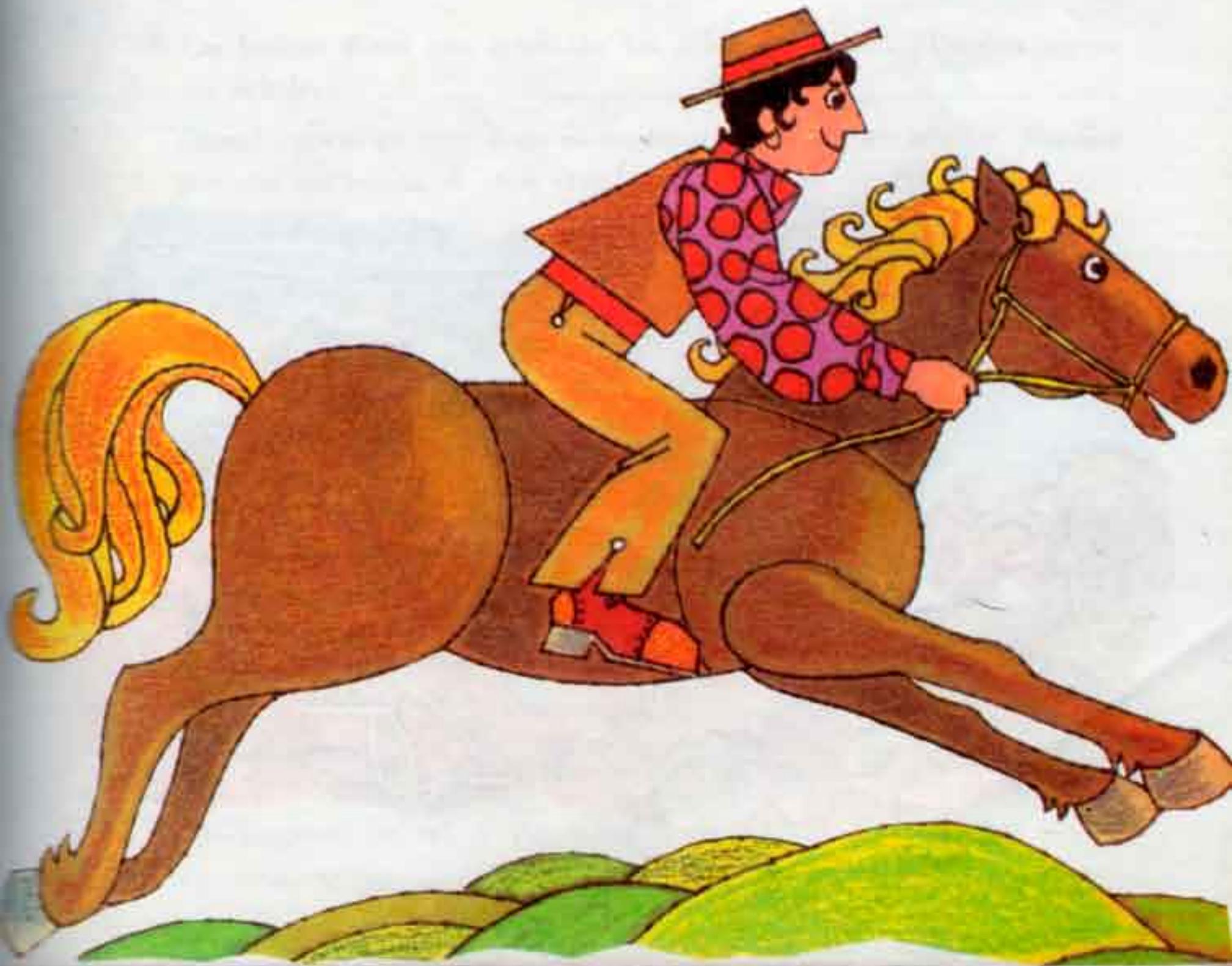
—¿Preparadas? ¡Aúpa!

Perlero trotaba con calma. Charolín y Mediasuela estaban contentas. ¡Qué bonitas se veían las flores desde arriba!

Pipo arreó. Perlero comenzó un trotecillo.

—Más de prisa, más de prisa.

—Sí, sí, que también los árboles corren.



Perlero galopaba. Sus patas casi no tocaban tierra.

—Agarraos fuerte a Perlero —gritó Pipo.

Mediasuela y Charolín no respondieron. Estaban viendo las estrellas. Estaban mareadas.

Las botitas quedaron sin fuerza. Cayeron al borde del camino. No sabían dónde estaban.



CARBONILLA Y LOS NUEVOS AMIGOS

—¡Oh! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Cómo me duelen las suelas!

—Íbamos galopando. Corríamos como el viento. Y luego, ¿qué pasó?

—Os caísteis del caballo, botitas. Claro, no estáis acostumbradas. El trote era muy ligero. Y os habéis mareado. Pero, mirad, allí hay un prado. Podéis tumbaros sobre la hierba. Y jugar. Y divertir os cuanto queráis.

Era Carbonilla quien les hablaba. Las botitas habían encontrado otra amiga: Carbonilla. Era la hormiga más salada de todos los hormigueros. Por eso las demás hormigas la habían hecho reina.





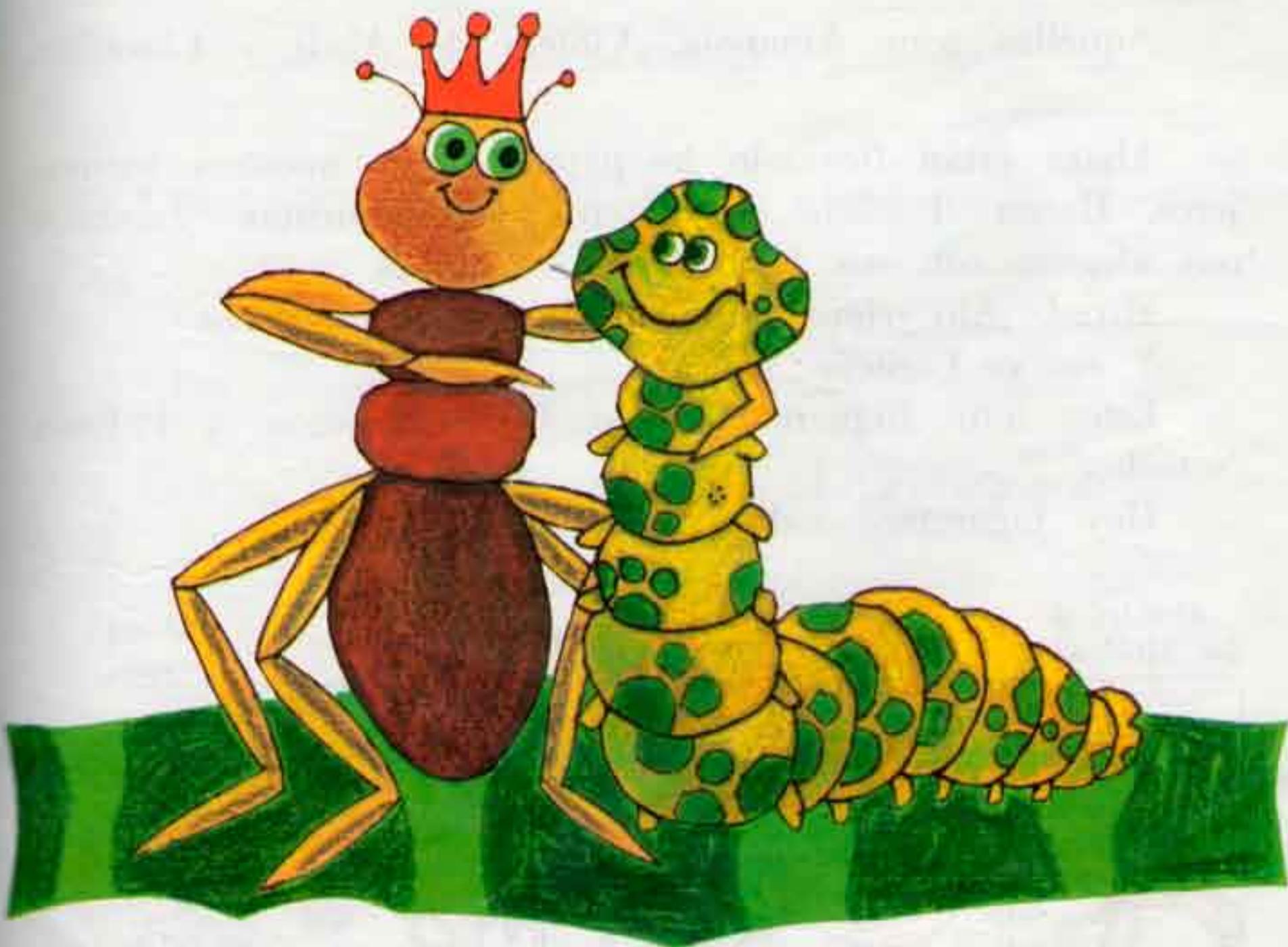
Las botitas saludaron a Carbonilla.

—¡Hola! Nosotras somos Charolín y Mediasuela. Vamos al país de los zapatos. Y tú, ¿quién eres?

—Me llamo Carbonilla. Y soy la reina de los hormigueros. Os presentaré a todos mis amigos del prado. Jugaremos con vosotras. ¿Véis aquel hormiguero grandote? Es mi palacio. Vamos hasta allí.

Carbonilla se subió a lo más alto del hormiguero. Desde allí llamó a sus amigos.

—¡Eh! Amiguitos del prado, venid. Voy a presentaros a dos botitas. Van de viaje. Mirad: se llaman Charolín y Mediasuela. ¡Qué coloradas os habéis puesto, botitas! No os dé vergüenza. Primero os presentaré a mi mejor amiga. Es ésta. Se llama Oruguita Tornasol.

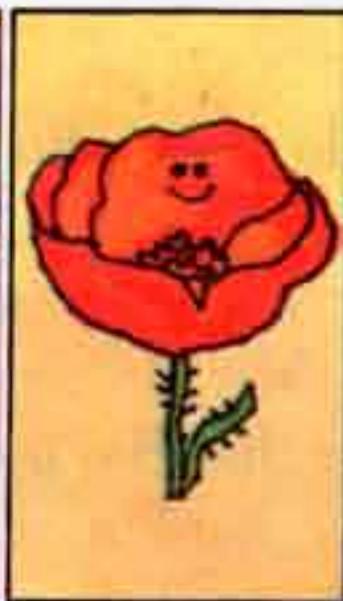




Rojabel



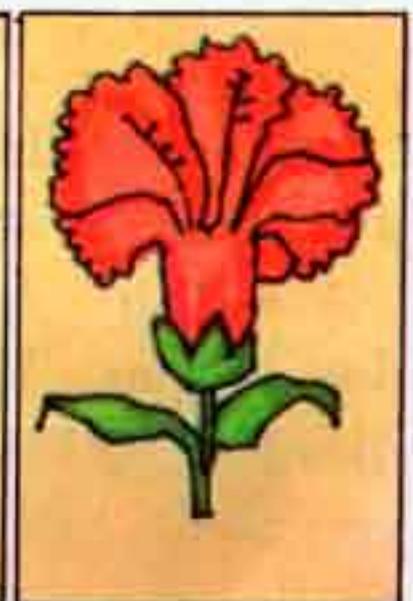
Margarita Nevada



Amapola



Violeta de Abril



Clavelito

Aquí vienen las flores.

La primera es Rojabel. La rosa más perfumada.

Y ésta es Margarita Nevada. La más alta y elegante de todas.

Aquellas son: Amapola, Violeta de Abril y Clavelito.

Ahora están llegando los pájaros. Son nuestros mensajeros. Hacen el oficio de carteros y telefonistas. También nos alegran con sus festivales de canciones.

Mirad. Ahí viene Alondra de los Altos Aires.

Y ésa es Cigüeña Viajera.

Estos son: Jilguero Pintado, Gorrión Goloso y Paloma Nevada.

Hoy jugaremos todos juntos.

Alondra de los Altos Aires



Cigüeña Viajera



Jilguero Pintado



Gorrión Goloso



Paloma Nevada



EL LAGO

—Hace calor, hormiguita. Charolín y yo queremos bañarnos.

—Entonces iremos al lago.

El lago es azul. En sus orillas hay árboles y juncos. Cigüeña Viajera viene aquí a pescar ranas. Luego se las lleva al campanario de la iglesia.

Charolín y Mediasuela se meten pronto en el agua. ¡Qué fresca está! ¡Y cuántos peces se ven en el fondo! Son de todos los colores: verdes, rojos, azules... Algunos salen a la superficie. Y saludan a las botitas:

—¡Hola, botitas! ¡Que os divirtáis mucho!

Debajo del agua los peces se movían de prisa. Más de prisa que otros días. ¿Sabéis lo que pasaba? Era día de fiesta para ellos. Se casaba doña Carpa. ¡Cuántos preparativos para la boda!





Uno de los peces más viejos invitó a las botitas.

—Hoy vendréis a comer con nosotros. Tenemos un gran banquete de chocolate y bombones.

Las botitas se pusieron muy alegres.

—Va a ser una boda estupenda.

Ya había empezado la boda. Charolín bebía su chocolate. Entonces miró para el cielo.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Mira, Mediasuela!

—Es un pájaro herido. Va a caer en el lago.

—¡Pronto! ¡Tenemos que salvarle!

Charolín y Mediasuela dejaron los bombones y el chocolate. Nadaron hasta donde había caído el pajarito.

—¡Cuidado! No abras el pico.

—Te cogemos por las alas.

El pajarito estaba a salvo. Pero ¡qué susto! Nadando, nadando, alcanzaron la orilla. Allí se lo entregaron a sus padres.

¡Qué gran alegría para todos!

ADIOS AL PRADO

Los pájaros del bosque trajeron ramitas verdes. Luego hicieron dos hermosas coronas. Una para Charolín y otra para Mediasuela. Las botitas sonreían triunfantes.

—¡Vivan las botitas nadadoras! Cantaremos para ellas nuestra mejor canción.

Y los pajaritos cantaron.

CANCION DE LOS PAJARITOS

*En el árbol más alto
de la montaña
se duermen los luceros
de la mañana.
¡Quién pudiera dormirse
por esa altura
donde corren los aires
al dar la una!
Yo me duermo en mi nido
bajo la luna
y me arropan las hojas
de la lechuga.*





Habían pasado un gran día.

Llegaba la noche ya. Las primeras estrellas saludaban desde el cielo. Todos los amigos del prado se fueron a descansar: los pájaros, las flores, la hormiguita Carbonilla, Oruguita Tornasol... Todos, todos.

A la mañana siguiente el Sol tocó las palmas. Había que levantarse. Las botitas se despidieron de todos los amigos. Otra vez empezaron a caminar.

¿Qué nueva aventura las esperaba?

EL PUEBLECITO DE LAS CASAS BLANCAS

Los pajaritos quedaron atrás. El aire está lleno de sus trinos. Las botitas no los olvidarán jamás. ¡Tantas plumas! ¡Tantos colores!

En la lejanía se divisa un pueblo. Charolín y Mediasuela se acercan contentas. Brincan. Saltan. Trotan. Juegan al escondite. Se esconden detrás de los girasoles. Hablan con las mariposas. Charolín corre tras un arroyo. Pero el arroyo es muy rápido. Mediasuela imita el canto del grillo.

Cri, cri, cri...

Soy así de pequeñín.

Mi voz es fuerte y ronca.

Me escuchan hasta las rocas.

Canto alegre y feliz.

Cri, cri, cri...



Ya están cerca del pueblo. Es pequeñito. Todas las casas son blancas. El pueblecito de las casas blancas está en ferias. La gente pasea. Los niños visten sus trajes nuevos. A la entrada del pueblo hay un grupo de equilibristas. A Charolín y Mediasuela les recuerdan a sus amigos los gitanos. Caballos. Carrozas. Hombres. Mujeres. Niños... Todos están contentos. Ríen y se gastan bromas.

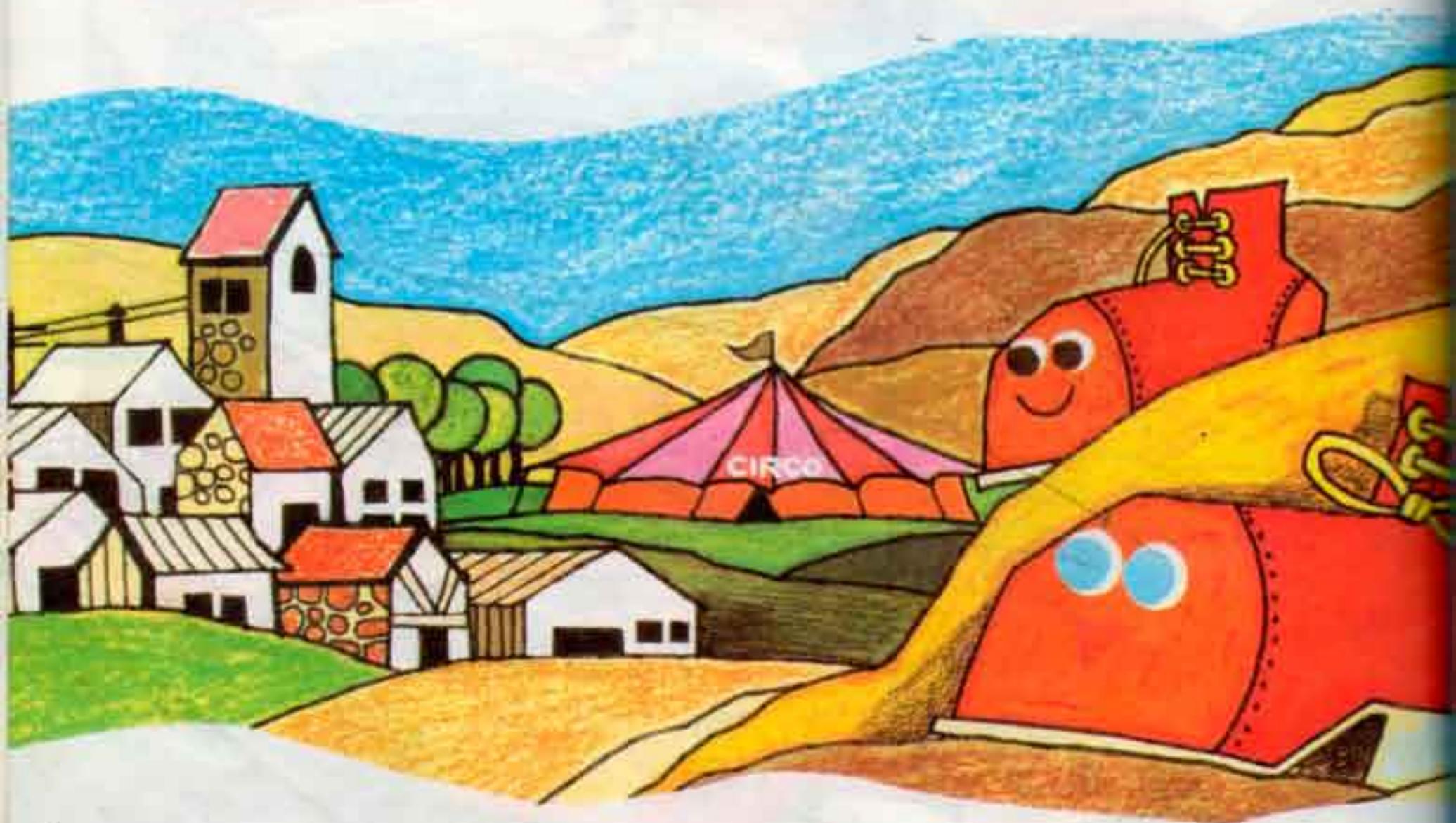
—¡Qué alegre es la vida de los equilibristas!

—¡Oh, sí! Siempre de pueblo en pueblo...

—Sembrando la alegría a su paso.

—Y las carcajadas...

—¡Y son tan valientes!



EL NIÑO TRISTE

Hay un niño triste. Está apartado de todos. Su carita no sonríe. Su cuerpo es fino, delicado. Parece de cristal. Su frente está arrugada. Tiene la mirada perdida. Charolín y Mediasuela lo han visto. Su tristeza les duele.

—¿Qué le pasará, Charolín?

—No lo sé. Parece una margarita sin colores.

—O un pájaro sin voz.

—¿Nos acercamos?

—Sí, sí... Vamos a ver qué le pasa.

Se acercan al niño triste. El no se da cuenta de su presencia.

—¿Qué te sucede, niño?

—¿Por qué estás callado?

—¿Por qué no te ríes?

—Mira que reír es bueno.

El niño triste les cuenta su historia. El quiere ser valiente. Quiere ser equilibrista. Pero siente miedo. No se sostiene en el alambre. ¡Le gustaría tanto ser como sus amigos! El llora. Lloro lágrimas de azúcar.

—No llores, niño triste.

—Nosotras te ayudaremos.





Charolín y Mediasuela piensan.

«¿Cómo podemos ayudarlo?».

—Pondremos el alambre muy bajito.

—No, no. Eso no vale.

—¿Le ponemos un colchón debajo?

—No, no. Eso tampoco.

Mediasuela tiene una idea genial.

—¿Por qué no le servimos de zapatos?

—¡Eso, eso! Así, entre los tres...

El niño triste no quiere ayuda. Le da mucho miedo.

—¡Pero no seas tonto!

—Nosotras te ayudaremos. Te serviremos de zapatos.

—Tú sólo tienes que andar. Con nosotras no te caerás.

El niño triste acepta. Se pone las botitas. A Charolín en el pie izquierdo. A Mediasuela en el derecho. Ata bien los cordones. Sus manos tiemblan. Está un poquito nervioso.

—Tranquilo, niño. No tiembles.

—Todo va a salir bien —dice Charolín.

—¡Qué calentitos tengo los pies ahora! Parece que sois de algodón.

EN EL ALAMBRE

El niño triste comienza a andar. Parece como si no pisara el suelo. ¡Son tan suaves Charolín y Mediasuela!

El niño triste se sube al alambre. Es el alambre más alto. Donde sólo se suben los papás. Poco a poco va perdiendo el miedo. Ya no es tan difícil como él creía. Está muy cerca del cielo. Casi toca las nubes. ¡Qué azul y qué bonito está todo! El sol alumbra mucho. Parece de fuego. Apenas se ven las casas del pueblo.

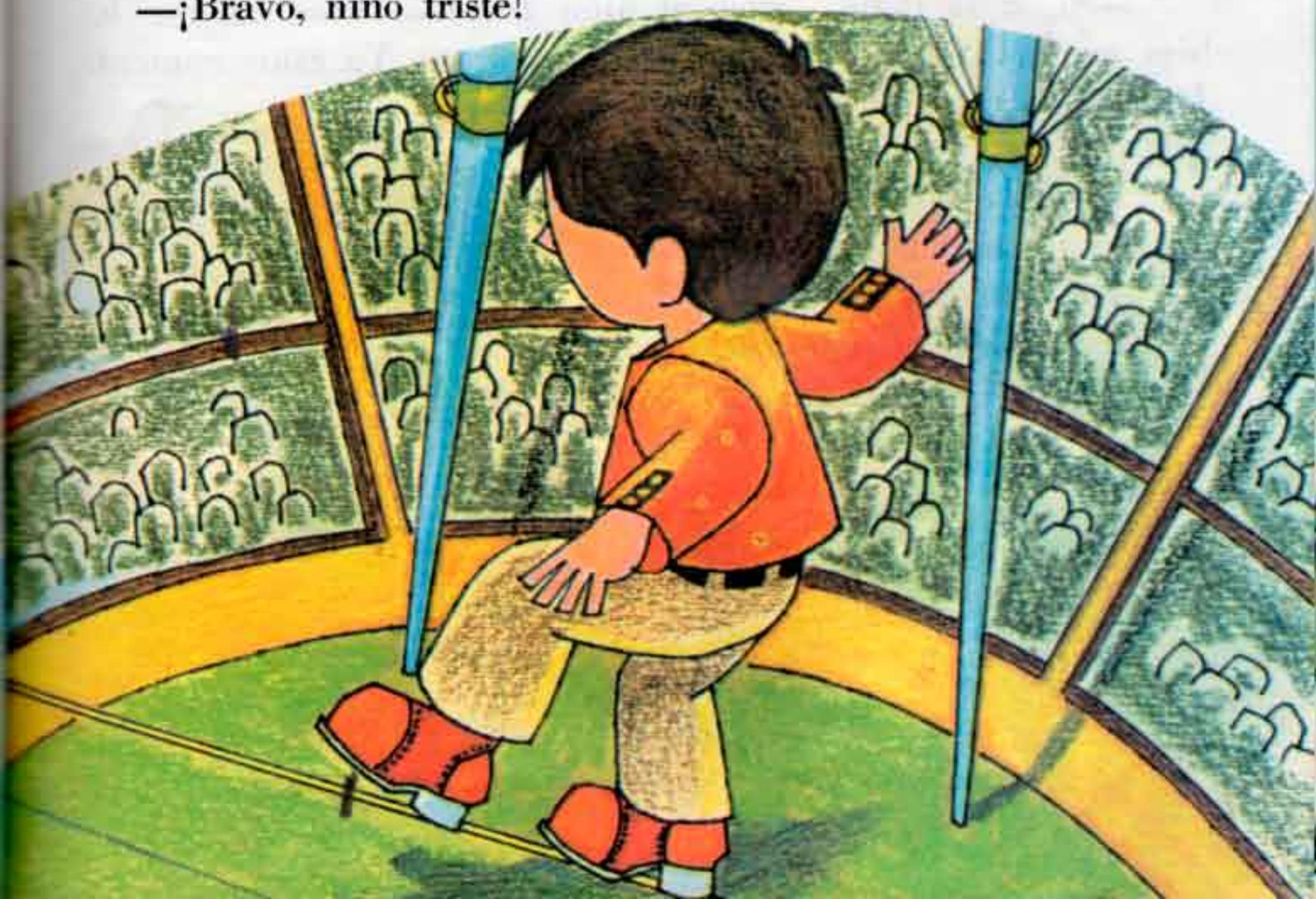
—¡Eh, mirad! El niño triste está subido en el alambre.

—¡Mirad, mirad qué bien anda!

—¡Qué valiente!

—¡Y no se cae!

—¡Bravo, niño triste!



El niño triste está muy contento. Todos le miran. Se pasea muy tranquilo por el alambre. Ya no le da miedo. Hace piruetas. Da saltitos y carreras. Todos aplauden. La gente del pueblo también le mira.

—Es el mejor equilibrista de todos —decía el echa-fuego.

—Y el más guapo —decía la bailarina.

El niño triste se baja del alambre. Su frente suda. Su cara sonríe. Es muy feliz. Todos le felicitan. Le dan golpecitos en la espalda. El jefe de los equilibristas le dice:

—Eres un hacha, niño triste.

El niño triste se quita las botitas. Mediasuela y Charolín están también muy contentas.

—Muchas gracias, Charolín. Muchas gracias, Mediasuela. Charolín, halagada, dice:

—Bah, no tiene ninguna importancia.

—Sí, sí la tiene —dice el niño triste—. Vosotras me habéis ayudado. Ya no soy triste como antes. Ya estoy contento. Jamás podré olvidaros.

*El niño triste
ya no está triste.
Ya está muy contento.
Ha subido al alambre.
Ha tocado el cielo.*





FIESTA

Es de noche. En el campamento de los equilibristas hay una fiesta. Todos se ríen. Todos se divierten. Cantan y bailan. La noche está muy clara. Alumbran muchas estrellas en el cielo. Charolín y Mediasuela están sentadas junto al niño triste. El niño triste les cuenta muchas cosas bonitas. Les habla de la vida de los equilibristas. De sus viajes. De los países que conoce. Charolín y Mediasuela están encantadas.

La fiesta ha acabado. Todos están cansados. Se van a la cama. Charolín y Mediasuela duermen muy juntitas. Una al lado de la otra. Sueñan con el país de los zapatos. ¿Cuándo podrán verlo?

A la mañana siguiente se levantan muy tempranito. Aún no ha salido el sol. Se despiden de sus amigos.

—Adiós.

—Adiós, botitas.

—Tened mucho cuidado —les dice el niño triste.

—No te preocupes.

El niño triste está muy afligido. Siente pena porque se van sus amigas.

—No te preocupes —le dice Charolín—. Nos volveremos a ver pronto.

—¿Cuándo...?

—Pues no sabemos. Pronto.

—Adiós.

—Adiós.

El niño triste agita un pañuelo. De sus ojos cae una lágrima. Una lágrima de azúcar.

El campo parece de plata. Las amapolas se han despertado. Las margaritas se están lavando.

—Buenos días, amapolas.

—Buenos días, botitas.

—Buenos días, margaritas.

—Buenos días, botitas.

¡Cuántos amigos tienen Charolín y Mediasuela! A todos saludan.

El arbolito les dice adiós con las ramas. ¡Está tan bonito el campo!



LAS BOTAS DE VINO

Al mediodía, las botitas llegaron a una posada. Era un buen lugar para descansar.

El posadero les enseñó su habitación. Luego les dijo que bajasen a comer. En el comedor había gentes de todas clases: viajantes, segadores, comerciantes, arrieros, cazadores...

Las botitas se sentaron en una mesa. Estaban algo asustadas. ¡Tanta gente!

El posadero les llevó el menú.

Cuando comían tranquilamente, entraron en la posada dos botas de vino.

Venían dando traspiés. Se chocaban con las mesas y las sillas.

El posadero las cogió por el cuello. Las metió debajo de un saco.

— ¡Hala! ¡A dormir un poco!

En aquel mismo momento entraron tres perros policías. Venían husmeando por el suelo. Sin duda rastreaban la pista de alguien. ¿A quién buscarían?

El perro comisario se adelantó y dijo a la gente:

— Buscamos dos botas que estaban alborotando en la calle. En seguida, todos miraron a Charolín y a Mediasuela. El comisario también las miró.



— ¡Ah, vosotras! ¡Vosotras sois las botas! Nos han dicho que ibais por la calle haciendo travesuras. Ya me contaréis en la Comisaría.

Charolín y Mediasuela no comprendían nada. No sabían ni cómo defenderse. Tan asustadas estaban. Y ¡qué vergüenza! Todos las miraban. Todos pensaban que eran unas alborotadoras. Unas botitas malas que andaban por las calles haciendo de las suyas. Por fin, Charolín se decidió y le dijo al comisario:

— Se... señor co... comisario...

— Nada de «señor comisario». No hay nada que decir. Ahora vamos a la Comisaría. Allí me lo explicaréis todo.

Las dos botitas se echaron a llorar.

Pero... si ellas no habían hecho nada.

Llegaron a la Comisaría. El comisario encendió la luz. Se sentó en la butaca y encendió su pipa.



Las botitas estaban de pie. Esperaban que el comisario empezase a preguntarles. Este empezó muy pronto.

— Bien, bien, bien... Vamos a ver, ¿cómo os llamáis?

— Charolín y Mediasuela, señor. Pero nosotras no hemos hecho...

— Chistsssss... Contestadme sólo a lo que os pregunto. ¿Dé qué pueblo sois?

— De Marinera del Mar.

— Bien, bien, bien... ¿Y qué hacéis aquí?

— Vamos de viaje.

— ¿Solas? Eso está muy mal. Sois todavía muy pequeñas. Ahora me contaréis las travesuras que hacíais por la calle. Por ejemplo, ¿cómo rompisteis los cristales de la pastelería «El Pirulí»?

— ¿Qué cristales, señor comisario? Nosotras no hemos roto ningún cristal.

— Pero ¡qué poca vergüenza!... Entonces: ¿quién los ha roto?



En aquel momento un policía entró en el despacho.

— Comisario, un señor gordito quiere hablar en seguida con usted. Dice que es importante.

— Que entre; dile que entre.

El señor gordito entró. Venía sudando la gota gorda. ¡Cuánto había corrido para llegar a la Comisaría! Se llamaba don Botijo Colorado. El comisario le dijo:

— Siéntese; siéntese y descanse, señor Botijo. Hoy hace mucho calor.

Don Botijo se aflojó el nudo de la corbata. Pero no quiso sentarse. Era urgente lo que tenía que decirle. Y se lo diría pronto.

— Señor comisario, vengo a defender a estas dos botitas.

Don Botijo empezó a explicarle al comisario que aquellas botitas eran inocentes. Que nunca habían alborotado en las calles. Las alborotadoras habían sido otras botas: unas botas de vino. El las había visto beber vino desde su jardín.



— Sí, señor. Aquellas fueron las botas traviesas que rompieron los cristales. Estas son dos botitas buenas. Yo las conozco bien. Pasaron por mi casa y me pidieron naranjada. Pero yo soy un botijo de agua dulce. Sólo pude ofrecerles el agua que tenía. Ellas son buenas catadoras de agua. Dijeron que mi agua era muy buena. Y lo es, señor. Es muy buena. La traigo de las fuentes de la sierra.

El comisario pensó un rato. Luego, les dijo a las botitas que estaban en libertad. Pero, ¿y las botitas revoltosas? ¿Dónde podría encontrarlas?

— Nosotras lo sabemos, señor comisario. Las vimos entrar en la posada antes de que usted llegase. Las cogió el posadero y las metió debajo de un saco. Allí están escondidas.

— Magnífico. Me ayudaréis a dar con ellas. Vamos todos a la posada.

El comisario, las dos botitas, don Botijo y dos perros policías se pusieron en camino.



Llegaron a la posada. Preguntaron al posadero por las dos botas de vino. El posadero comprendió que lo habían descubierto.

Entonces levantó el saco y descubrió a las dos botas. Estaban durmiendo su borrachera. El comisario se acercó y les dio un tirón de orejas.

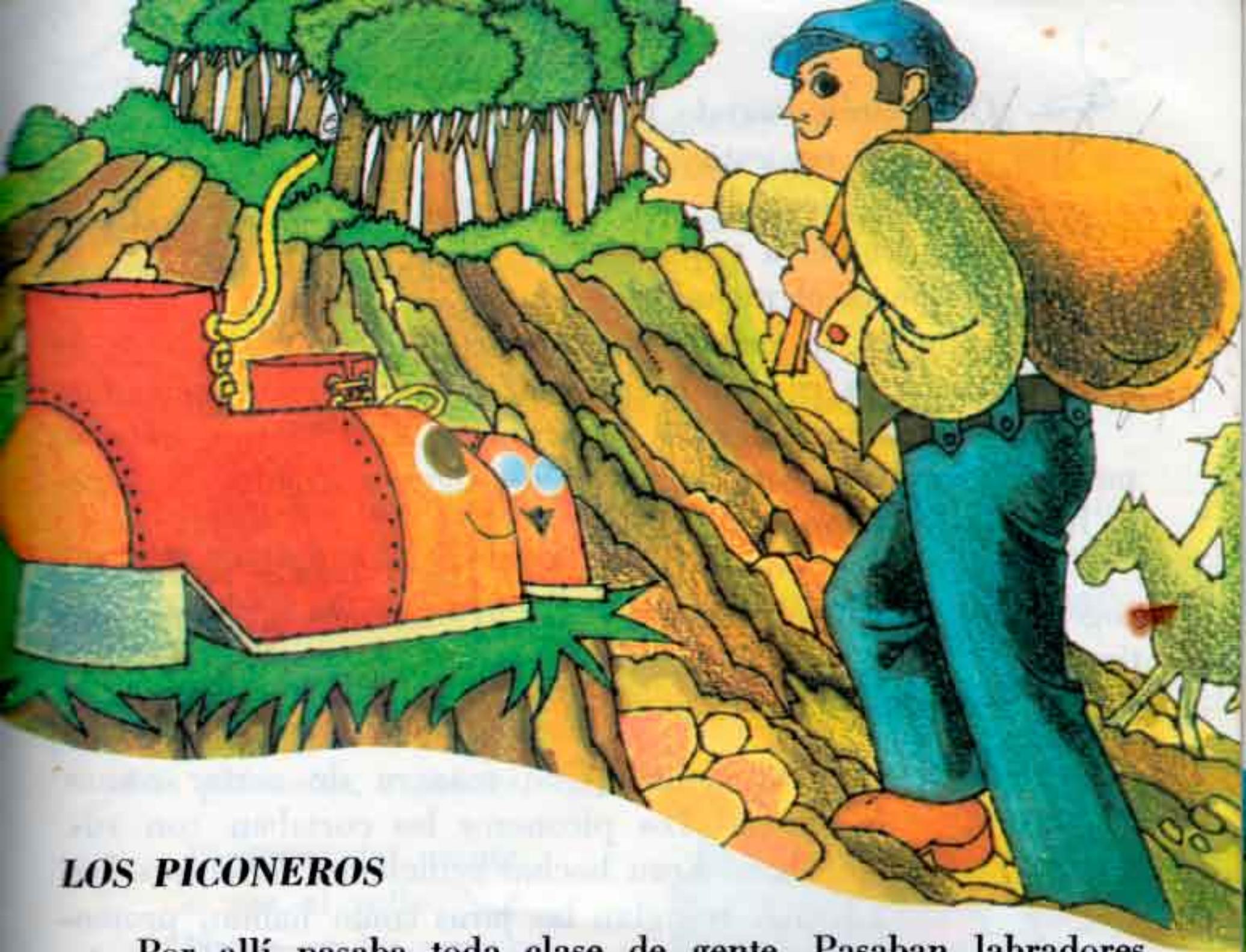
— ¡Arriba! Que tenemos que ajustar cuentas.

Las botas se despertaron. Pero con el sueño que tenían no se dieron cuenta de nada. Dos policías se encargaron de llevárselas a la cárcel. Así se les quitarían las ganas de romper más cristales.

Nuestras dos botitas habían salido, una vez más, del peligro.

Ahora irían a tomar la sombra a la puerta de la posada.





LOS PICONEROS

Por allí pasaba toda clase de gente. Pasaban labradores y pastores. Pasaban las cabrillas de Juan Serrano. «Las cabrillas de Juan Serrano, que vuelven tarde y se van temprano.» Pasaban los tractores, las bicicletas. También pasaban los piconeros.

Las botitas los vieron pasar.

— ¡Eh, piconeros! ¿Adónde váis?

— Vamos a las laderas del monte.

— Iremos con vosotros. Nos dejaréis ir, ¿verdad?

— Claro que os dejamos. ¡Hala! Montaos en nuestras mulas.

Las botitas se montaron en las mulas de los piconeros. Iban con ellos hacia la sierra. Charolín preguntó a los piconeros:

— ¿Qué haréis cuando lleguéis al monte?

Un piconero contestó:

— Haremos picón:

Charolín volvió a preguntar:

— ¿Y qué es el picón?

— ¡Cómo! ¿No habéis visto nunca el picón? Pues os lo diré. El picón es carbón hecho con ramas de árbol quemadas.

Sirve para encender los braseros en el invierno. Sólo se puede hacer picón con las ramas de algunos árboles. Nosotros lo hacemos con ramas de encina.

— Iremos con vosotros para ver cómo hacéis picón. Recogeremos jaras del monte y os ayudaremos a amontonar tierra.

— Seremos botas piconeras.

Pronto llegaron al monte. ¡Qué manera de cortar ramas de encina! Los piconeros las cortaban con sus hachas. Eran hachas relucientes. Mientras, las botitas recogían las jaras como habían prometido. Pronto hicieron un montón con ellas.



Charolín preguntó:

— ¿Hay suficiente, señores piconeros?

— Hay de sobra. Gracias, botitas, por vuestra ayuda.

Los piconeros se pusieron a hacer el picón. Charolín y Mediasuela estaban un poco impacientes.

— ¿Cuándo veremos el picón?

— Calma, calma, que todo se verá. Esto tiene que tardar varias horas. Al anochecer estará ya todo hecho.

El picón iba haciéndose. Mientras, los piconeros se sentaron a la sombra de las encinas.

¡Qué bien olía la jara! Todo el monte estaba perfumado con el olor.

Charolín y Mediasuela miraban el humo que se extendía por el cielo.

Los piconeros, entonces, cantaban:

Piconero del monte
si vas al valle
lávate en los arroyos
y en los estanques.

— ¿No habéis oído nunca esta canción? La cantamos sólo por estos montes.

— Es hermosa. Nos gustaría aprenderla.

Los piconeros les enseñaron la canción. Y las botitas no dejaban de repetirla. La cantarían por todos los caminos que recorriesen.



Los piconeros pensaron que el picón estaría ya hecho. Era hora de sacarlo.

Les costó trabajo. Pero, al fin, lo sacaron. ¡Cuánto picón! Habría para todos los braseros del pueblo.

Lo recogieron en sacos. Y lo cargaron sobre sus mulas.

Ahora bajarían con toda su carga. Al amanecer estarían en el pueblo. Las botitas tenían que seguir otro camino. Ellas pensaban internarse en la sierra y buscar nuevas aventuras.

Y, así, se despidieron de sus amigos.

—Adiós, amigos piconeros. Hemos aprendido muchas cosas con vosotros. Nos volveremos a ver cuando encendáis vuestras hogueras.

—Adiós, botitas. ¡Qué tengáis un buen viaje!

Las botitas se pusieron en camino. Tenían delante toda la sierra para atravesarla.



CHOLO Y ZURRONCETE

Charolín y Mediasuela habían andado kilómetros y kilómetros. Habían cruzado dos ríos. Habían subido cuestras muy empinadas. ¡Cómo estaban de cansadas!

Allí cerquita se asomaba la choza de un pastor. Cholo, el perro pastor, en seguida las olió. Salió a saludarlas. Meneaba su cola y decía:

— ¡Guau, guau, guau!... ¡Venid! ¡No temáis!

Ellas no se atrevían. Pero Cholo las cogió con sus dientes y las llevó a su amo.

Zurroncete, el zagal, se alegró de verlas. El recibía bien a todos los caminantes.

— Os prepararé una loción de aceite oloroso.

Cholo mojaba su lengua en el aceite y frotaba a Charolín y Mediasuela. Con aquellas friegas ya no les dolieron las costuras.



Cholo acariciaba a Charolín. Charolín tenía un regalo. Había cogido fresas silvestres. Ella las tiraba a lo alto y Cholo las cogía al vuelo. ¡Qué banquetazo se dio!

Zurroncete se colgó las botitas del cuello. Fueron hasta el aprisco. Cholo se adelantó y preguntó a las ovejas:

— Guau, guau, ¿estáis todas?

Y las ovejas respondieron:

— Bee, bee, sí; no falta nadie. Todas echamos la siesta.

Zurroncete se recostó en una encina. Extendió una piel para que Charolín y Mediasuela se tumbaran, y les preguntó:

— ¿Sois familia de las botas de Pulgarcito?

— No; no conocemos ni a las botas ni a Pulgarcito.

¿Quiénes son?

— Son las botas más valientes del mundo. Pulgarcito hubiera muerto si no es por ellas.

— ¿Qué pasó? ¡Cuéntanos, Zurroncete, cuéntanos!



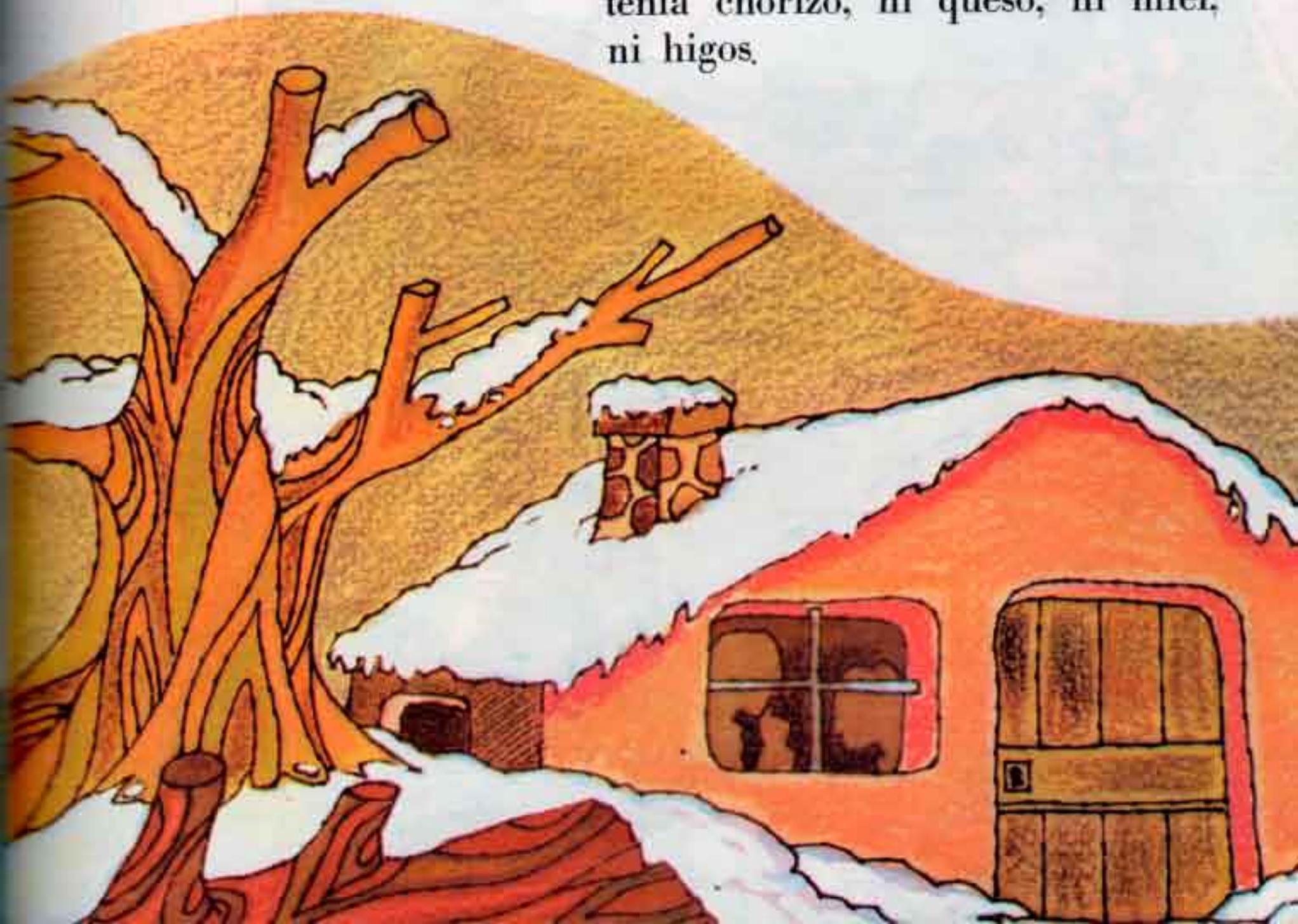
LAS BOTAS DE PULGARCITO

«Pulgarcito era un niño de ojos verdes. Tan pequeño como el dedo pulgar. Tan rubio como las arenas de la playa. Tan listo como una ardilla saltarina.

Su papá era pobre. Era un leñador del bosque. Trabajaba y trabajaba. Con los golpes de su hacha despertaba a los pájaros. Y el sonido suave de su sierra los dormía al anochecer.

Pero aquel invierno la nieve había cubierto el bosque. Su papá no podía ir a cortar leña. Ya casi no tenían comida. La despensa estaba vacía. ¿Qué haría con Pulgarcito y sus seis hermanos?

Llegó la primavera. Los árboles y los prados reverdecieron. Todo el bosque cambió de color. Pero la despensa no tenía chorizo, ni queso, ni miel, ni higos.



Una noche la mamá solo puso requesón. ¡Vaya una cena! Acostó a sus hijos. Y habló con papá al calor del rescaldo.

— Ya sólo queda un trozo de pan duro. ¿Qué haremos?

— Les dejaremos en el bosque. Pulgarcito es muy pequeño, pero es el más despabilado. El buscará un amigo. Y encontrará pan y cama para todos.

— ¡Qué pena! ¡Tenemos que abandonar a nuestros hijos!

Pero Pulgarcito lo escuchó todo.

Se había escondido debajo de la mesa.



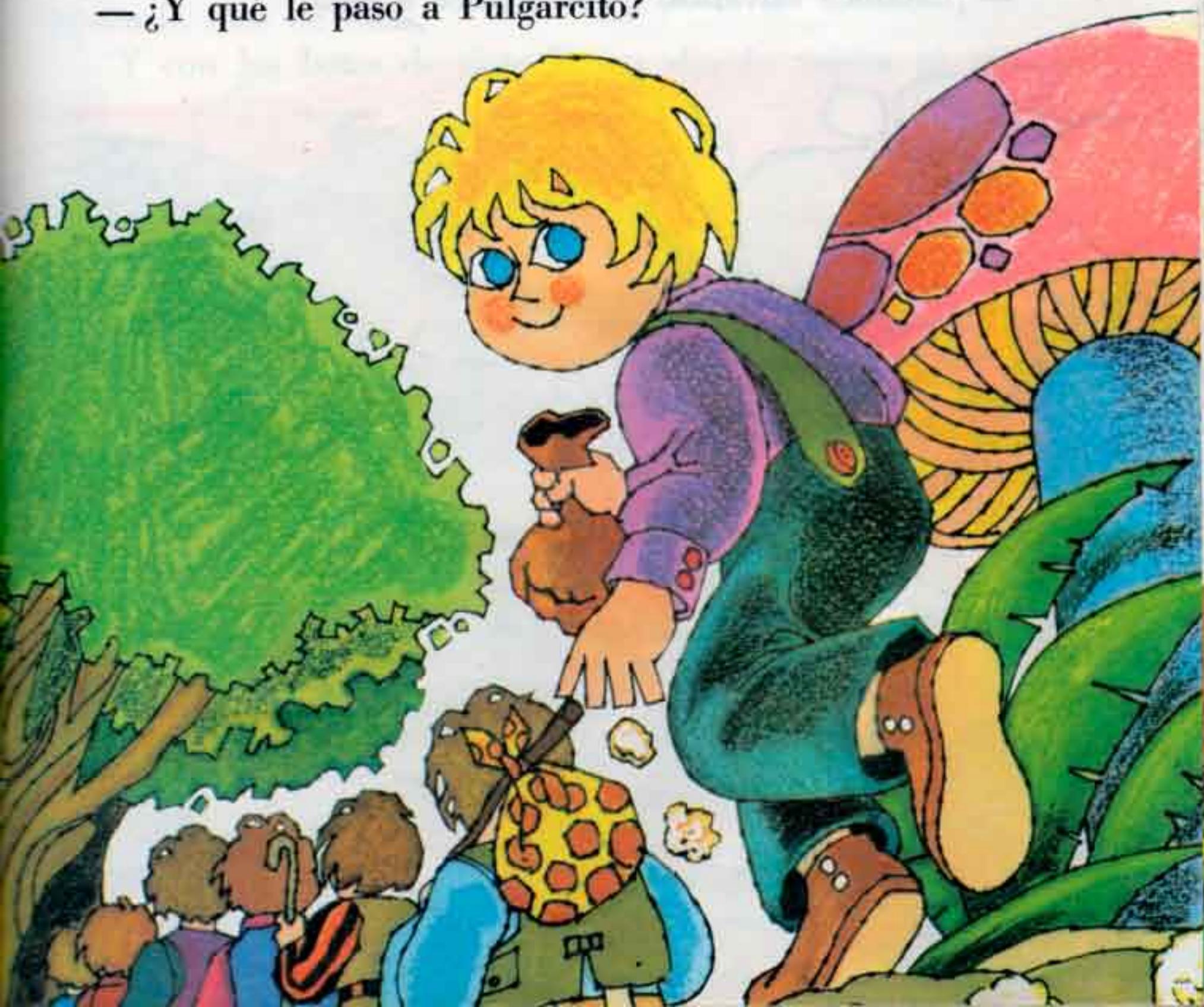
¡Qué suerte ser tan pequeño!

Al mediodía siguiente, todos los hermanos iban al bosque. Llevaban la comida a papá.

Pulgarcito marchaba el último, muy triste. Como era tan pillín, llevaba los bolsos llenos de migajas de pan. Pero no para comer, sino para dejar un sendero de miguitas. Así sabría volver a casa.»

Zurroncete, el zagal, descansó. Echó mano de su cantimplora y se la ofreció a sus dos invitados. Después, él bebió a chorrillo un largo trago. Charolín estaba tumbada a la larga y no quitaba ojo a Zurroncete.

—¿Y qué le pasó a Pulgarcito?



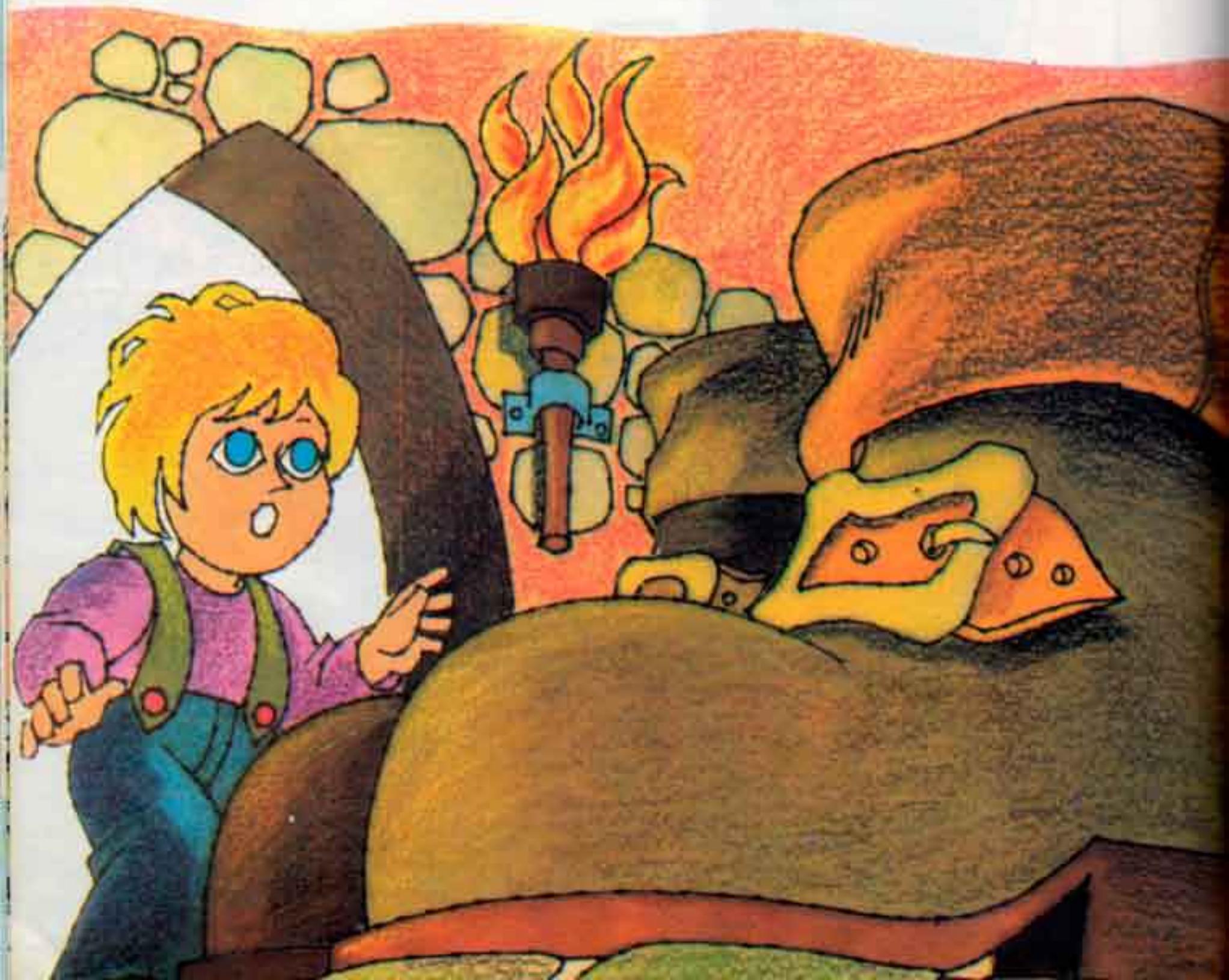
Zurroncete prosiguió su relato:

«Pulgarcito y sus hermanos se perdieron en el bosque y fueron a parar a la casa del Ogro.

El Ogro les invitó a cenar. Después se fueron a la cama. Las seis hijas del Ogro dormían con un gorro rojo cada una. Pulgarcito no dormía. Se levantó, cogió los gorros de las niñas y se los puso a sus hermanos. Si el Ogro tenía hambre, no los comería a ellos. ¡Ellos tenían gorro!

Luego recorrió la casa. ¿Sabéis lo que encontró? El tesoro del Ogro y sus botas. Eran las famosas botas de siete leguas, las botas más veloces del mundo.

— ¡Estamos salvados! ¡Volveremos a casa!



Fue despertando a sus hermanos. Y se calzó las inmensas botas.

— ¡Hala, todos arriba! Agarraos a los cordones. Llegaremos a casa antes de que papá salga a trabajar. Después volveré por el tesoro del Ogro.

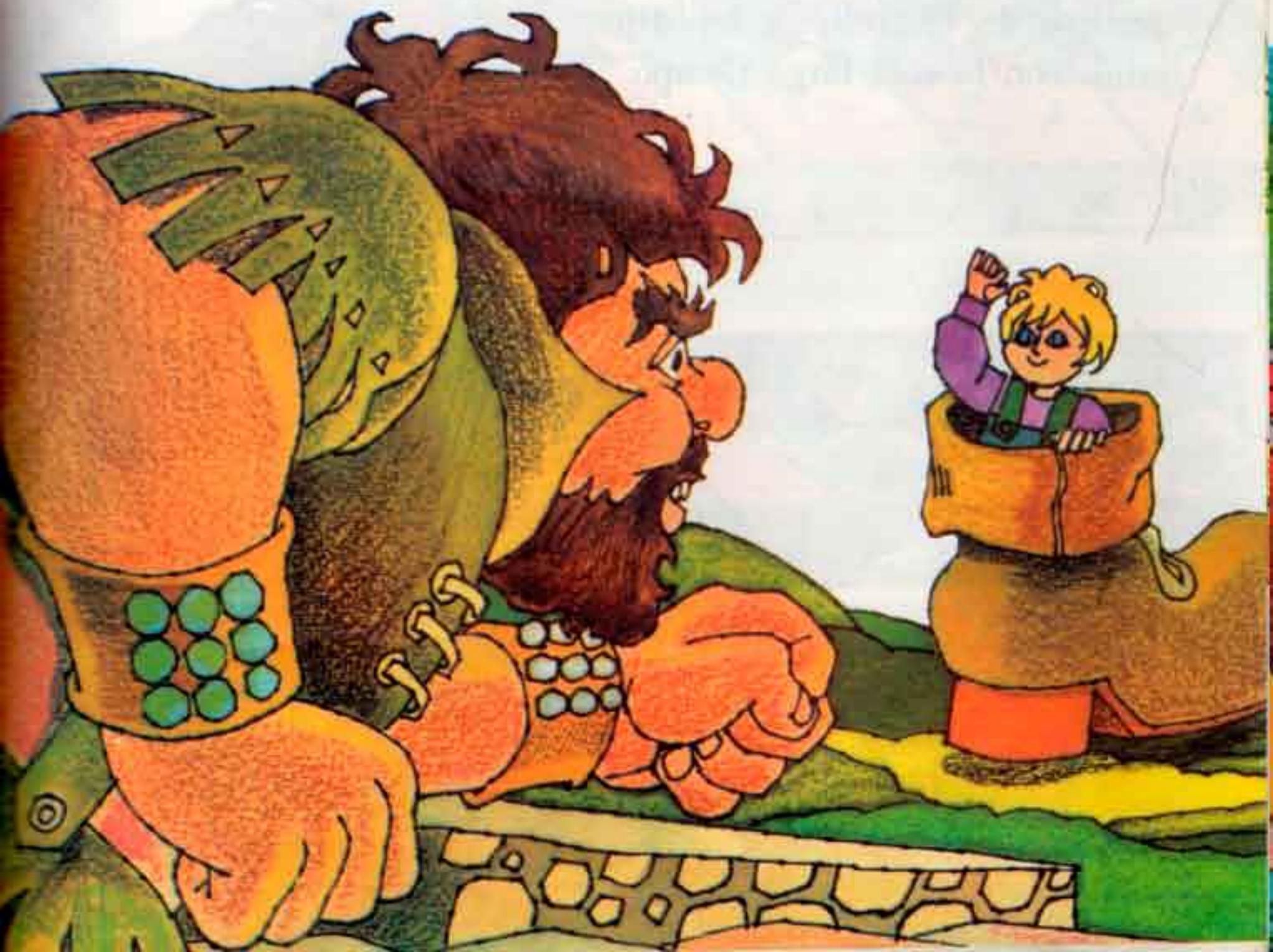
Las botas de siete leguas se detuvieron. Y hablaron así:

— Amigo Pulgarcito, no volveremos a casa del Ogro. ¡Déjale con sus riquezas! Nosotras te llevaremos a los manantiales de oro. Y seréis ricos en tu casa.

Todos los hermanos lloraban. Pero el galope de las botas les hizo reír.

Al llegar a casa, Pulgarcito abrazó a las botas. No se separaría más de ellas.

Y con las botas de siete leguas dio la vuelta al mundo.»



— ¿Os ha gustado?

Charolín quedó encantada. Desde entonces harían más gimnasia y andarían más:

— Tenemos que crecer. Seremos como las botas de siete leguas.

Atardecía. Charolín y Mediasuela caminarían con el fresco. Zurroncete trajo un poco de manteca.

— Llevadla de repuesto. Es muy buena. Os untáis con ella y caminaréis con más suavidad y sin molestias. ¡Hala!, amigas. Pasad por aquí en invierno. Os pondré un forro de piel de cordero. ¡Hasta pronto!

Cholo las acompañó hasta el camino forestal. Lloró al despedirse de Charolín y les dijo adiós con la cola largo tiempo.



LOBO CANDELAS

Charolín y Mediasuela pasaban por una cañada.

La cañada era oscura y estrecha. Buen camino para los lobos. Los matorrales de jara y de romero parecían extraños animales. Con tanta oscuridad, daba miedo.

Todo estaba quieto, en silencio.

Las botitas iban silbando una canción. Dicen que el miedo se quita cantando o silbando. De vez en cuando, tropezaban en la oscuridad. O se metían en algún charco hasta los cordones.

Ya estaban llegando al final de la cañada. Todo se hacía más claro. Había menos matorrales. Y la luna podía colarse hasta el fondo de la cañada.

A la luz de la luna, alguien había descubierto a las botitas.

Una voz ronca sonó sobre sus cabezas:

— ¿Quién va?



Las botas no respondieron. La voz volvió a decir:
— ¡Arriba las manos! Y no se muevan o disparo.
Charolín y Mediasuela estaban muertas de miedo.
Un sudor les corría por la frente.

¿De quién sería aquella voz?

Muy pronto lo sabréis, botitas. Es un bandolero de Sierra Morena.

El bandolero bajó de prisa. Saltaba entre las peñas y las jaras como una cabra.

Traía un trabuco entre sus manos. Al cinto, una afilada navaja. Y en su cabeza un pañuelo rojo.

Se llamaba Lobo Candelas. Era un lobo bandolero. De esos que rondan por la sierra. En las noches de luna acechan a los caminantes. Les echan el alto y les roban cuanto tienen.

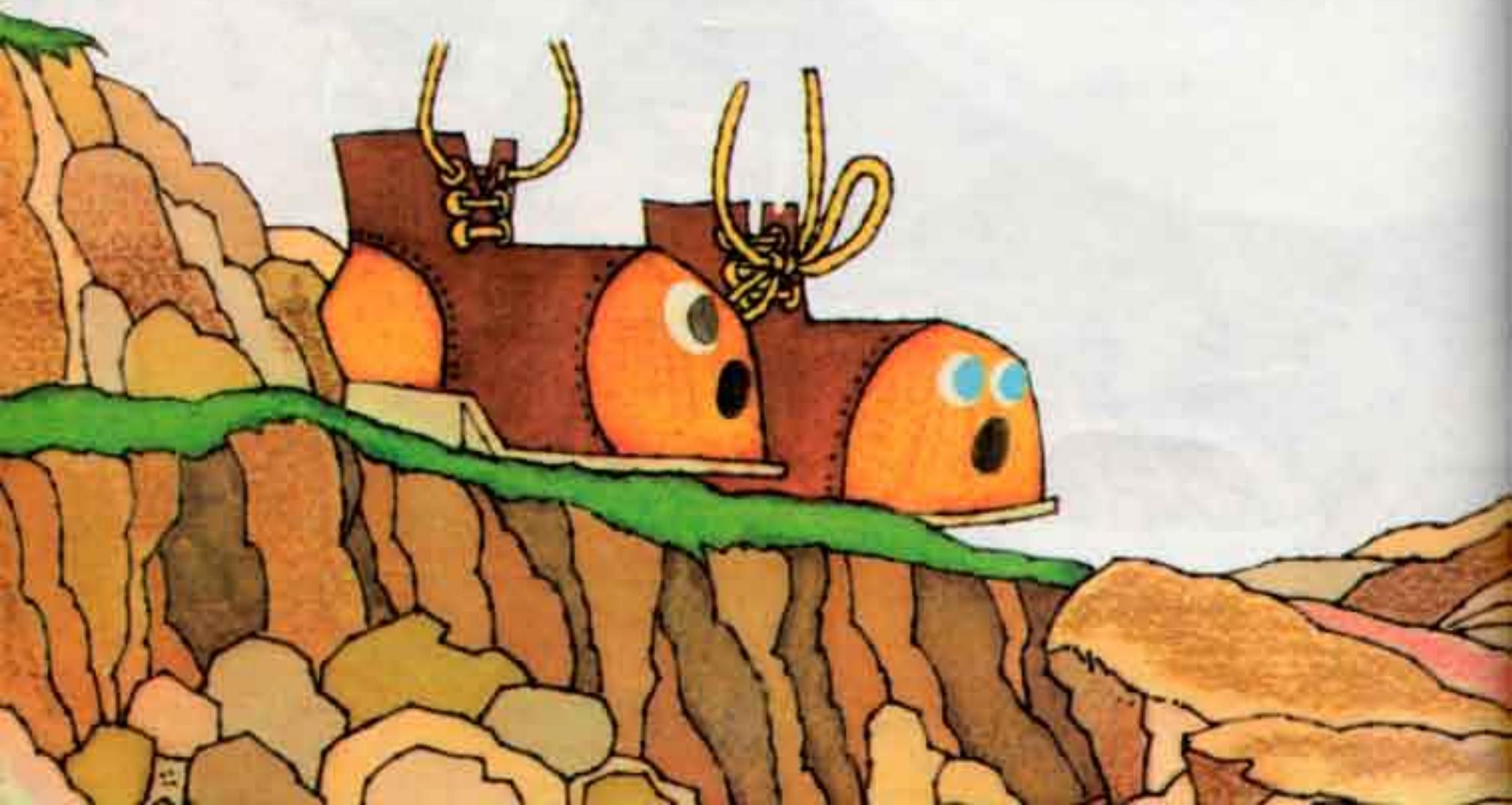
— ¡Vamos! Sacad el dinero que tenéis.

— Nosotras no tenemos dinero.

— ¿Cómo que no tenéis dinero? ¡Mentirosas!

— Que no tenemos, señor bandolero. Puede usted registrarnos.

— Está bien, está bien. Entonces os llevaré a mi cueva.



Allí están mis compañeros. Ellos dirán lo que tenemos que hacer con vosotras.

Lobo Candelas estaba muy enfadado. Ni un caminante había pasado para poder robarle. Y, encima, aquellas botitas no tenían ni una «data».

El bandolero las ató por los cordones. Las metió en sus alforjas y montó en su yegua.

Era una yegua torda. De las que nacen en Andalucía.

La yegua galopaba por montes y valles. En las alforjas había algunos agujeros. Por ellos las botitas veían por dónde pasaban.



Cruzaban arroyos, cortijos, puentes, acequias... Veían a los toros durmiendo en los encinares. Las encinas daban sombra bajo la luna.

Por fin, llegaron a la cueva.
Lobo Candelas las bajó de las alforjas.
Allí estaban los demás lobos bandoleros:

Lobo Corrientes,
Lobo María el Tempranillo,
Lobo Simón,
Los siete Lobos de Ecija...

Jugaban a las cartas a la luz de un farol.
Un bandolerillo tocaba la guitarra.
Y una zorra, con traje de volantes,
bailaba una petenera.

— ¡Ele, la niña de la sierra!
Un bandolero viejo cantaba
una copla de cien años:

Las flores del membrillo
se deshojaban
por mirarse en el río
y besar el agua.
Y las flores redondas
de las granadas
las miran envidiosas
desde sus ramas.

— ¡Viva la bandolerita de los lunares!



EL REY DE BASTOS

Lobo Candelas entró en la cueva. Los bandoleros dejaron de cantar y de jugar a las cartas.

— ¿Qué traes, hermano Candelas?

El bandolero contestó malhumorado:

— ¡Malhaya mi suerte! ¡Y malhaya un gato negro que me salió en un cortijo!

— Malo, malo — dijo un viejo bandolero.

— Malo, malo; sí, señor — dijo Lobo Candelas —. Esta noche no ha pasado ni un jinete por el camino. Ni una mala diligencia. Sólo me he encontrado estas dos botitas.

— No te preocupes, hombre. Pasa y échate un trago de vino.

— Pero ¿qué vamos a hacer con estas botas?





Los bandoleros se quedaron callados. No sabían qué hacer con ellas. Uno dijo:

—Lo mejor será ponerlas en libertad. No nos vienen bien a ninguno. Deben ser de un niño. Son muy pequeñas.

—No, señor —dijo otro—. Esas botitas hay que venderlas. Y sacar dinero con ellas.

—Las botitas no se venden. Porque lo digo yo.

—Pues sí; se venden.

Los bandoleros estuvieron a punto de pelearse. Unos querían ponerlas en libertad y otros no.

Entonces habló el viejo lobo bandolero:

—Calma, hermanos, calma. No os pongáis así. Lo mejor será que lo echemos a suerte. Yo tengo aquí la baraja de cartas. Ahora sacaré una: si es un **basto** o una **copa**, las pondremos en libertad. Y si no, las vendemos.

Los bandoleros quedaron todos conformes. El viejo barajó las cartas. Con mucho cuidado sacó una de la baraja. ¡Era el rey de bastos! ¡Las botitas estaban salvadas! ¡Podían ya seguir su camino!

Uno de los bandoleros buenos les dijo:

—La noche está fría. Deberíais dormir aquí. Al alba os bajaremos de la sierra. Ya no tenéis nada que temer. Aquí nadie os hará daño. Además, todos los bandoleros somos ya amigos vuestros.

¡Qué bien las cuidaron aquella noche los bandoleros!

Lobo Candelas estaba ya de buen humor. Se había hecho su mejor amigo. Para empezar, les enseñó el tesoro. ¡Cuántas riquezas había allí!

Luego les dieron de cenar. Y hasta les dejaron probar un sorbito de vino. Pero poco, muy poco.

Por fin, se acostaron muy acurrucadas. A un lado de la cama de Lobo Candelas.

A la mañana siguiente él fue quien las despertó.

—Levantaos ya. Vamos a tomar primero el café. Yo os acompañaré hasta el llano.

Las botitas estaban muy contentas.

Habían salido sanas y salvas de aquella peligrosa aventura.

Montaron en la yegua de Lobo Candelas. Otra vez a trotar por las veredas de la sierra.



Llegaron al camino del llano. Allí se despidieron del bandolero:

— ¡Que tengáis buen viaje!

— ¡Adiós, Lobo Candelas! Muchos recuerdos a tus amigos.

Lobo Candelas se alejó al trote. Hasta perderse de vista entre los encinares. A lo lejos se oía la canción que iba cantando:

Mi niña se fue a la mar
por un senderito blanco,
ayayayay
por un senderito blanco.
Pisaba por las arenas
y se dormía en los barcos
ayayayay,
y se dormía en los barcos...

— Es un bandolero bueno — dijo Charolín.

— Sí; no nos ha hecho ningún daño.





LOS ZAPATOS CAMPEONES

Un día Charolín y Mediasuela iban de alpinismo. Se pararon junto a un manantial. Querían almorzar en la hierba, a la sombra.

A Mediasuela le picaba el pie. No podía comer a gusto. Un bichito le hacía cosquillas. Ya se enfadaba. Se estaba cansando.

— Déjala, ¡pobrecilla! — le dijo Charolín —. Es una mariquita. Fíjate qué presumida. ¡Qué vestido tan moderno! Rojo con lunares negros. Si pudiera volar como las mariposas, ¡qué bien!

Y la mariquita echó a volar. Era Mariquita Voladora. Mediasuela marchó a buscar otra. Quería hacerla volar. Pero no encontró ninguna. ¡Qué rabia! Y dio un puntapié a una piedra.

— Mediasuela, Mediasuela, ¡ven! Mira cómo se mueve el agua. Hay olas como en el mar. ¿Qué será?

— Nada. He sido yo. Tiré una piedra. Y la piedra se ha puesto a respirar. Soplaban desde el fondo y salían olas. ¿A que eran olas redondas, como ruedas?

Charolín se quedó con la boca abierta. ¡Cuánto sabía su hermana!

Ella tenía que ser como su hermana. Y comenzó a tirar piedras al manantial.

— ¡Eh! Botas, botas...

Y las botas echaron a correr. Se escondieron.

— ¡Es el guarda del bosque! ¡El guarda!

Pero se equivocaron. Eran dos zapatos jóvenes. Se acercaron a ellas. Vestían de claro. Iban muy limpios.

Se pasaron una tarde estupenda.

Charolín y Mediasuela querían escalar el monte.

— ¿Adónde váis?

— A subir a la cumbre.

— ¿Y no váis a la Gran Reunión de Zapatos? Se juntarán zapatos y botas de todas las naciones.

— ¿Dónde?

— En Zapatilandia.

Las botitas se miraron a los ojos. ¡Qué ilusión!

Se acordaron de sus padres.

Y lloraban.

— Estamos solas. No sabíamos nada.

— ¿Quién nos llevará?



Los señores zapatos las consolaron. Les explicaron los viajes a Zapatilandia.

— Tenéis la diligencia de Caballos y Cebras.

— Tenéis el viaje relámpago en Gacela.

— Podéis ir por río. En la lancha motora del Salmón.

Charolín se imaginaba navegando. Se le saltaban los ojos. ¡Quién pudiera ir!

— Además, están los taxis. Son de la compañía Avestruz.

— Acaso os guste un viaje más tranquilo. Está el tren-caravana Elefante.

Todo era maravilloso. Pero había una dificultad.

— No tenemos un duro.

— No tenemos ni una peseta.

— ¡Ay, botitas! Pero ¿no sabéis que los viajes son de balde?

Los señores zapatos se despidieron. Volvían a su hotel. Eran dos jugadores de fútbol. Habían ganado el campeonato. Ahora descansaban en aquella sierra.

Apareció una sombra sobre el manantial.

— Es un águila.

— Baja recto, recto. Parece un helicóptero.

— Mira, trae un letrero de propaganda. ¿Sabes lo que dice?



— Sí, dice: «Vamos a Zapatilandia».

El águila era un avión de pasajeros. Se llamaba Aguila Buena.

— Ahora viajo derechita al país de los zapatos. Me detuve aquí para coger agua. Es el manantial más fresco de la sierra.

Charolín y Mediasuela estaban muy nerviosas. Les daba brincos el corazón.

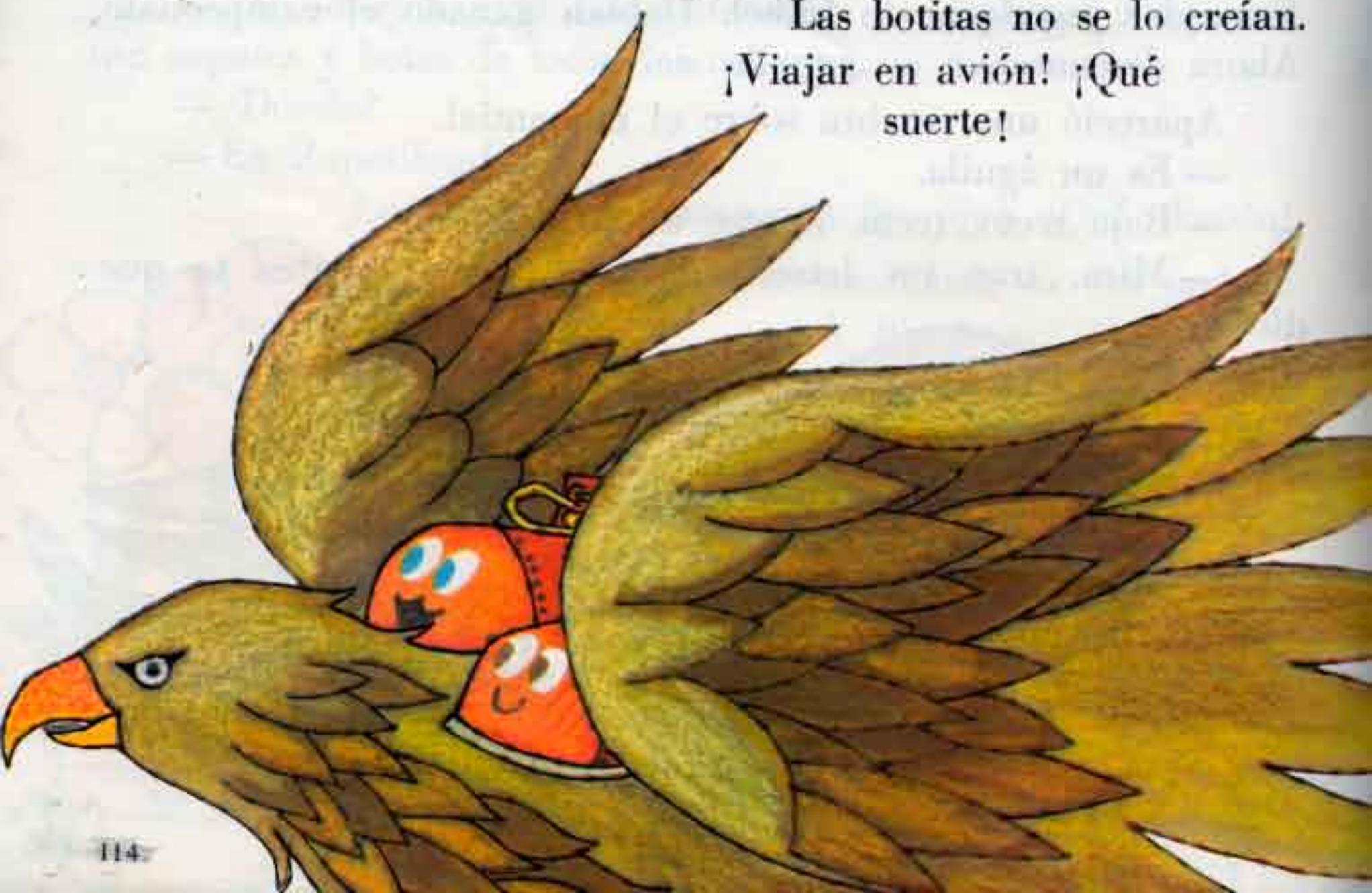
— ¿Podría llevarnos a nosotras? Somos pequeñas. Estamos solas en el mundo. Queríamos ver a nuestros papás-zapatos...

Aguila Buena les dijo:

— Yo sólo puedo llevar botas pequeñas. Botitas de enano y sandalias de bebé. Pero también vosotras sois pequeñas. Os llevaré. Tenéis cara de buenas.

Aguila Buena las cogió con sus garras. Echó a volar. En un periquete estuvieron en Zapatilandia.

Las botitas no se lo creían.
¡Viajar en avión! ¡Qué suerte!



ZAPATILANDIA

Zapatilandia estaba de fiesta. Luces de colores. Ruedas de fuegos artificiales. Palacios relucientes. Disfraces. Cometas voladoras... ¡Música, música! Aire de fiesta por todas partes. Ya estaban en el aeropuerto de Aguila Real. Las recibieron botitas del país del Pavo Real. Unas botas muy coquetas. Llevaban penachos de plumas.

—Charolín, van a desfilarse delante de nosotros. ¿Qué hacemos?

—Lo que hagan todos. Si se inclinan, nos inclinamos. Si saludan con la mano, saludamos.

—Yo no sé eso...

—Que sí, tonta.

Una azafata les dijo:

—¿Queréis pasar al salón de baño?

Y ellas se fueron sin miedo y sin pereza.

¡Cómo lo iban a pasar! Tenía duchas.

Y piscina de agua caliente.

Y secador.

Y cepillos de sacar brillo...



Charolín hacía la plancha tranquilamente. Mediasuela se empeñó en bucear.

— Voy a rescatar aquel tesoro del fondo. Es una pulsera...
Se chapuzó. Se hundió dejando una estela de burbujas.
Pasó un rato y no salía. Comenzó a hacer: glu, glu, glu...

Un zapato salvavidas se tiró por ella y la sacó sana y salva. Todo fue un susto.

Comenzaron a visitar la ciudad. Anda que anda por todas partes. Nunca habían visto ciudad tan bonita. Hasta que...

— Señor Bota de Guardia, nos hemos perdido...

— ¿Y adónde queríais ir?

— Nosotras queríamos ver más cosas...

— ¿Y dónde están vuestros papás?

— No sabemos...

El señor Bota de Guardia se desesperaba:

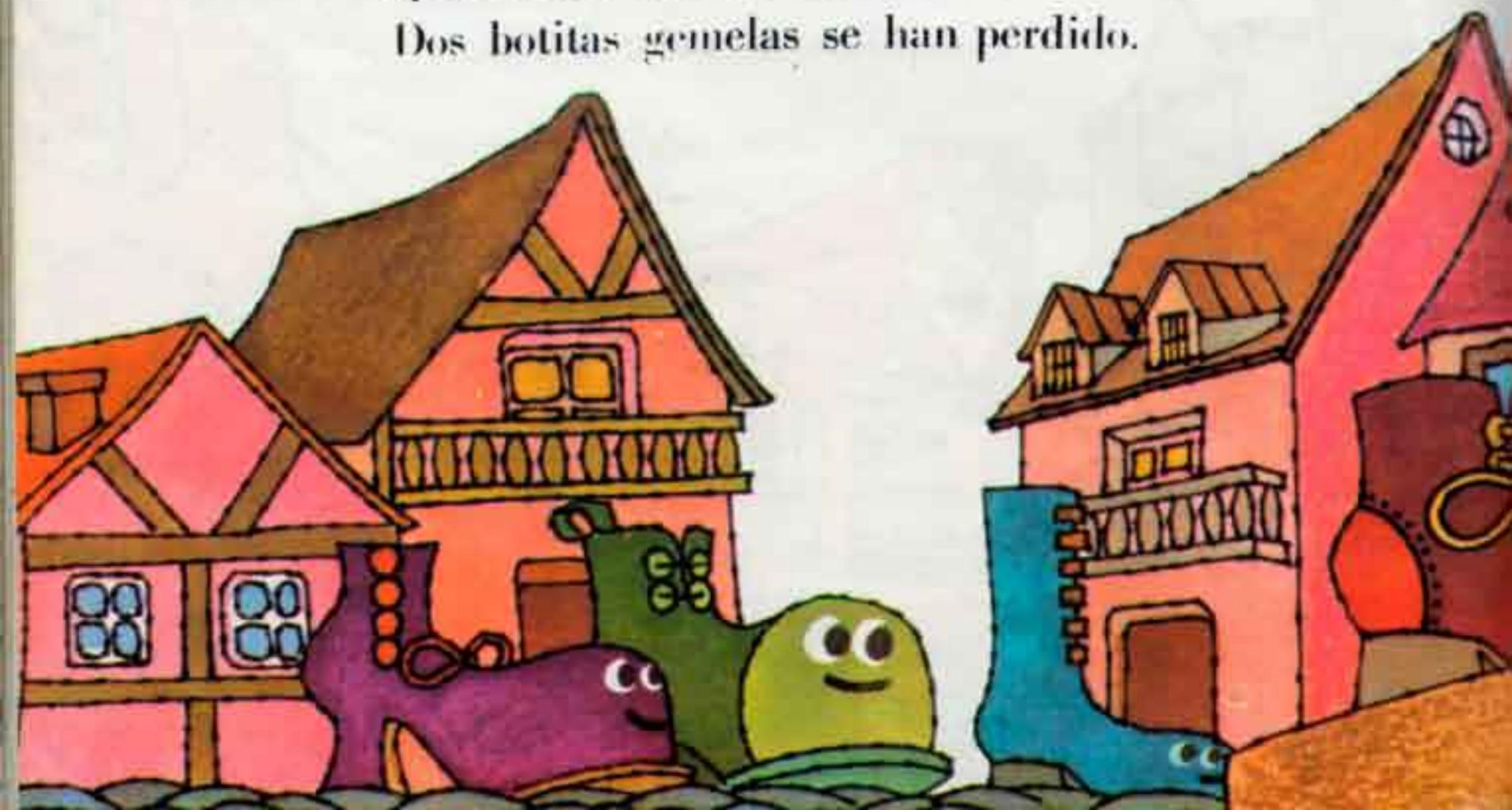
— No sabéis nada...

Y dio parte a la Policía.

Poco después los altavoces decían:

«¡Atención, atención!

Dos botitas gemelas se han perdido.



Se llaman
Charolín y
Mediasuela.

Rogamos a sus padres
que vengan a recogerlas.»

Con sus papás era diferente.

Ellos les explicaban todo.

— Ahora sabemos dónde están todo
los clanes.

— Pues yo ni siquiera sabía que
un clan es una familia.

— Hemos visitado a todos uno
por uno: clan de zapatos de calle;
clan de botas de escalador;
clan de botas de policía;
clan de botas de bailarina...



— Las botas de bailarina son las más simpáticas.

— A mí me gustaron más las botas de policía. Nos enseñaron trampas muy interesantes para atrapar a los ladrones...

Papá Bota era un corredor de olimpiada. Conocía todos los países del mundo.

— Tenéis que recorrer los continentes. Conocer todas las razas: blancos, negros, amarillos... No seáis como las botas de escaparate. Están siempre viendo la misma calle. ¿No os da pena?

Charolín y Mediasuela querían ser como papá. Trabajar y entrenarse. Así serían importantes.

Se acababan las fiestas.

Quedaba lo más importante: el monumento a las botas de Pulgarcito. En Zapatilandia estaban presentes las botas más famosas del mundo. Pero la Bota Presidente les decía:





«Numerosas botas campeonas han existido a lo largo de los siglos. Pero las más famosas y las más heroicas han sido las botas de Pulgarcito.»

Y las botitas de niño corearon al Presidente:

«Alabín, alabán, alabimbombá,
Pulgarcito, Pulgarcito, y nadie más.»

Y Charolín descubrió el monumento. Estaba orgulloso y contento.

Las botas más viejas se extrañaban. ¿Por qué las botas chiquitas se emocionaban? El Presidente siguió diciendo:

«Las botas de niño admiran a Pulgarcito.
Quieren ser tan andariegas como él.
Ellas le han hecho este monumento.»

Charolín descorchó la primera botella de champaña.
Y al momento se descorcharon otras mil y otras mil...



Zapatilandia era un surtidor de champaña.
Así quedaron bautizadas las botas de Pulgarcito.
Al día siguiente desfilaron con sus banderas. Era el fin de fiesta.

— ¡Volveremos! — decían todos.

Cada zapato y cada bota marchaba a su país.

Charolín iba pidiendo las señas a sus amigos. Y Media-suela les daba la dirección de su casa.

— Ahora, papá, sí que tenemos amigos.

— Iremos a verlos a sus países.

Zapatilandia quedó triste, desierta.

— ¿Por qué se acabarán las fiestas?

Las botitas se fueron con sus papás. Iban al pueblo donde nacieron.

CHATIMODA Y PUNTIMODA

Charolín y Mediasuela tomaban su chocolate. Un chocolate espeso y humeante. Tan espeso, que se podía quedar de pie la cuchara. Así era como a ellas les gustaba. Mamá Bota conocía a las mil maravillas este capricho de las botitas. Ahora entraba con una gran bandeja de churros. Eran para acompañar al chocolate. Mientras comían, papá les contó cosas del pueblo.

— ¿Os acordáis del viejo Borceguí?

— Claro que sí. Nos sacaba muchas veces de paseo. Y nos compraba chicle, ¿verdad, Charolín? También nos contaba muchos cuentos.

— Pues os diré: el viejo Borceguí se marchó al extranjero. Allí ha hecho fortuna. Ahora es muy rico. Nos ha escrito varias veces. ¡Qué cosas tan extraordinarias cuenta!



— Nosotras también le escribiremos algún día.

— ¿Y de Veloz? ¿Os acordáis de Veloz, un zapato muy delgado?

— También. También nos acordamos. Era rápido como una pluma, como una golondrina.

— Ha quedado campeón de carreras. Es un campeón olímpico. Pero, vamos, daos prisa. Tenemos que asistir a la Asamblea de todos los zapatos. Nos reuniremos en la plaza del pueblo.

¡Qué revuelo había en la plaza! Grupos de zapatos cuchicheaban por las esquinas. Zapato Alguacil se asomó al balcón del Ayuntamiento. Agitó sus cordones y rogó silencio. Otro Zapato Alguacil izó la bandera de cuero marrón. Mientras, la banda municipal entonó el himno. Todos los zapatitos cantaron acompañados de la música.



HIMNO DE ZAPATILANDIA



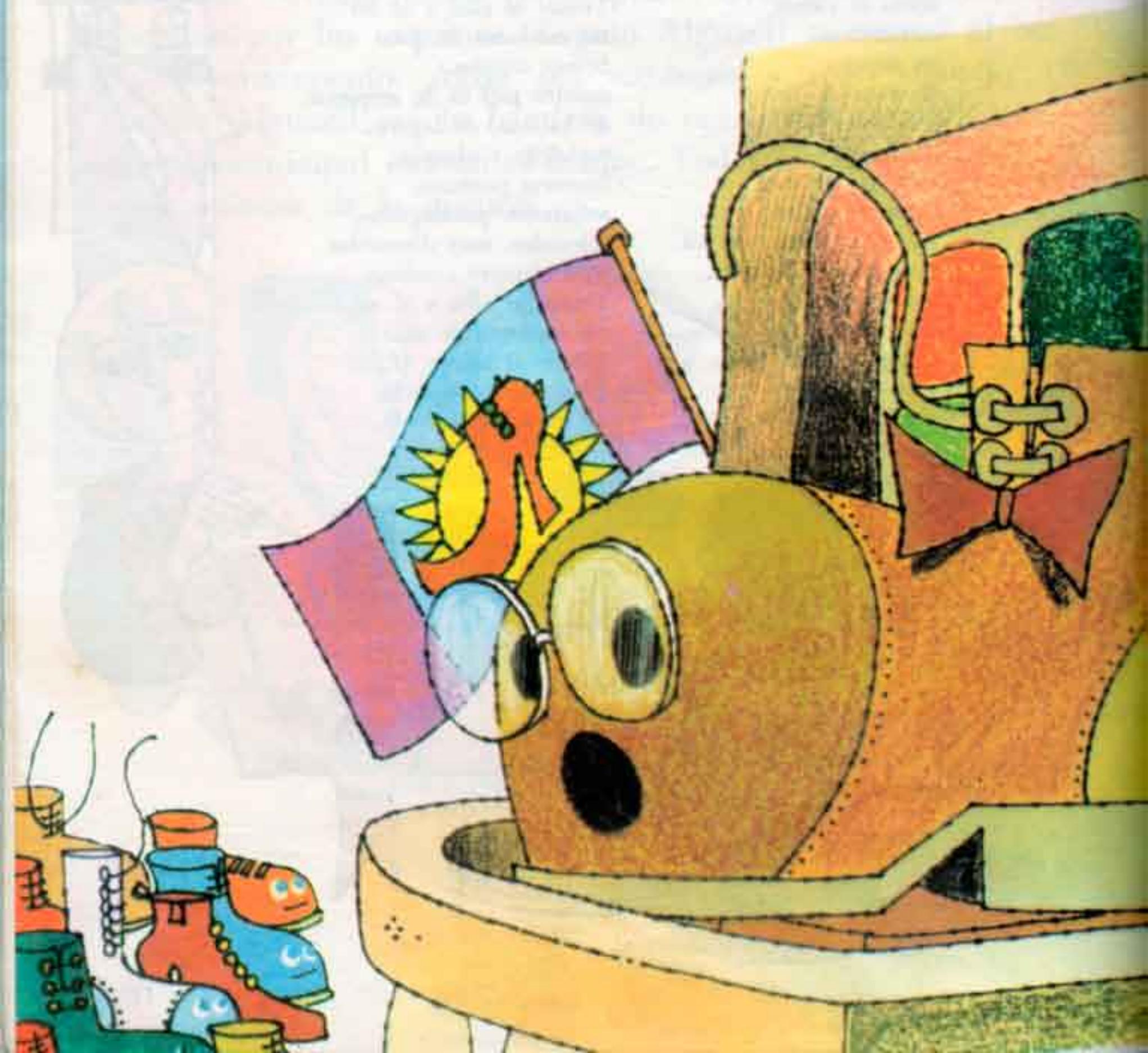
Como el viento
correremos
los zapatos
de charol;
besaremos
los caminos
y los prados
siempre en flor.
Tiende al alba y al sol
tus cordones de seda.
Llevaremos los pies
de un niño, una princesa,
de un guardia
y de un pastor
y un general de guerra,
ran, rancataplán,
rancataplán.

Tiende al alba y al sol
tus cordones de seda.
Somos zapatos,
nuestra piel es de serpiente,
de ballena, de lagarto,
cocodrilo y alacrán.
Nuestras punteras,
achataadas, puntiagudas,
coloradas, muy dispuestas
para siempre caminar.
Tiende al alba y al sol
tus cordones de seda.
Tiende al alba y al sol
tus cordones de seda,
tus cordones de seda.

Terminado el himno, se asomó el Alcalde al balcón central. Iba con el charol de gala.

Desde allí les habló a todos los zapatos:

«¡Atención! Hay un gran problema entre nosotros. Y tenemos que solucionarlo. Entre nosotros hay familias de zapatos chatos. Y también familias de zapatos de punta. Discutiremos cuál de las dos se pondrá de moda.»



Los zapatos estaban inquietos. Algunos, nerviosos, alzaban la suela. Otros se ponían de puntillas. También los había pensativos y preocupados. Y los que hablaban bajito sobre las dos modas. Incluso se oían gritos: «¡Chatimoda! ¡Chatimoda!»

Y también: «¡Puntimoda! ¡Puntimoda!»

El Alcalde pidió que se hiciera silencio.

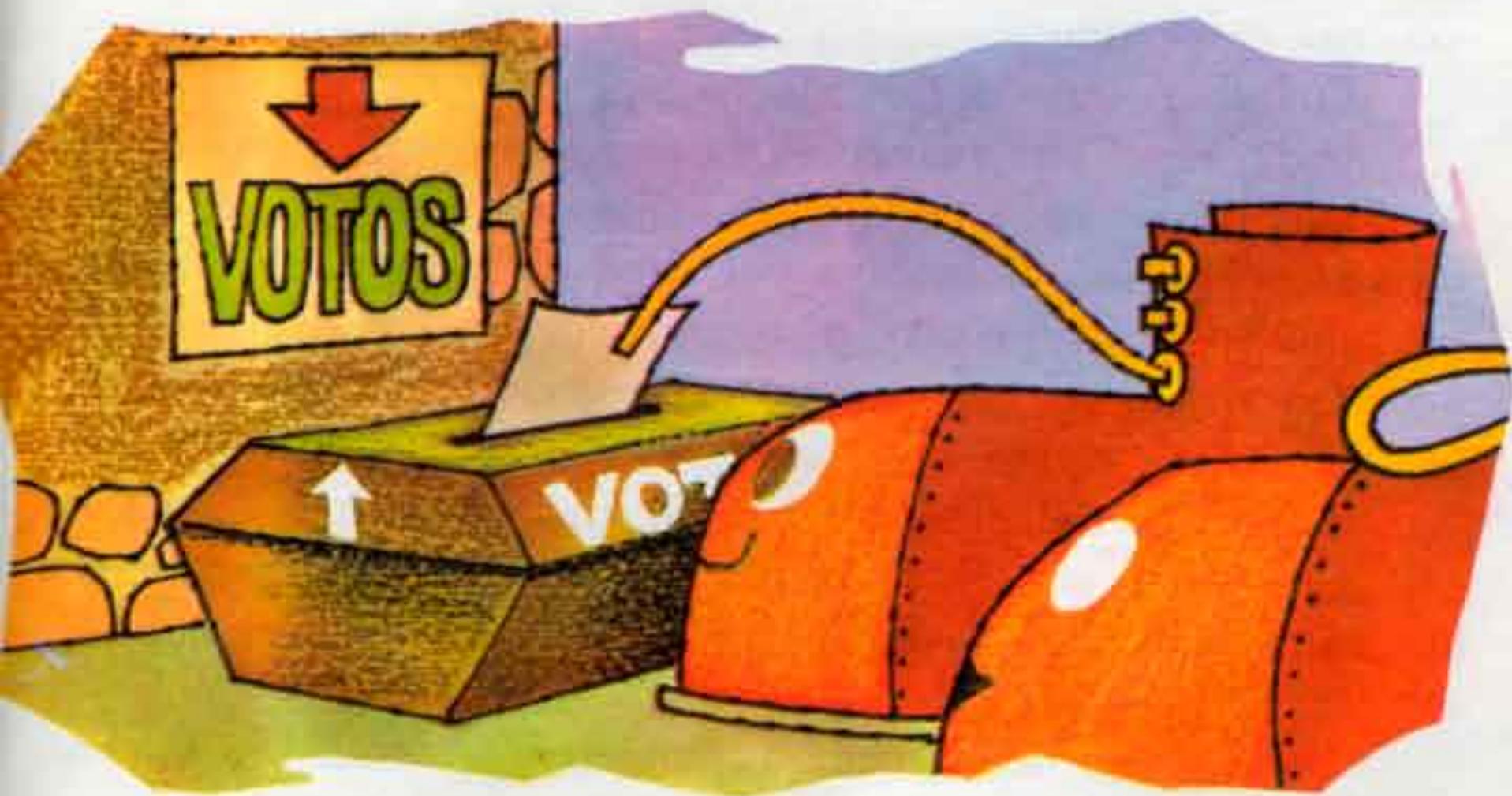
Luego se hizo la votación. Se recogieron las papeletas. Y se contaron los votos. Pero el problema no se resolvió. Había igual número de votos por ambas partes.

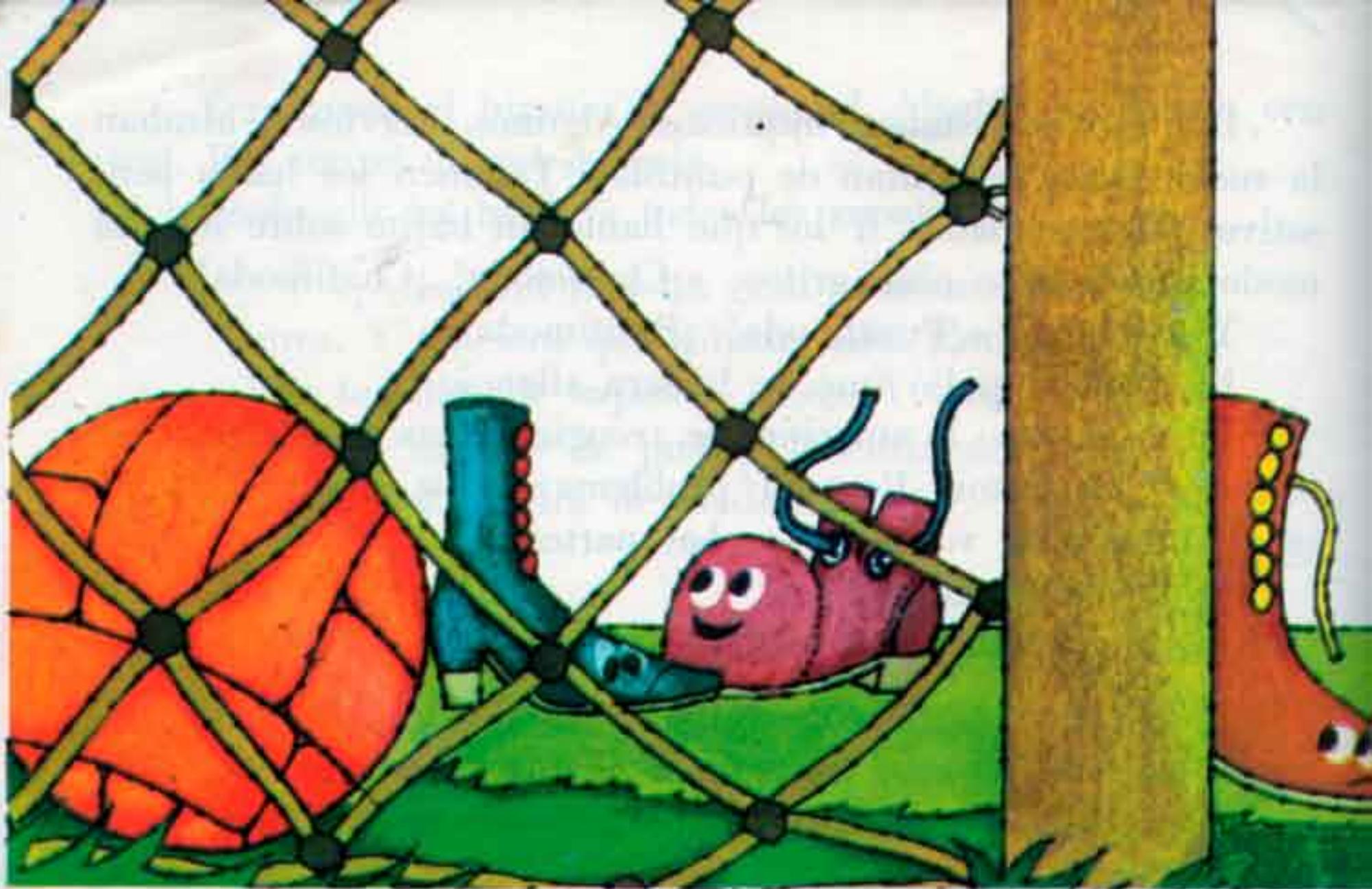
¿Qué hacer entonces?

Alguien sugirió una brillante idea:

«Un partido de fútbol para desempatar. Se hará un equipo de zapatos chatos y otro de zapatos con punta. El equipo ganador será el que se ponga de moda.»

A todos les pareció bien el desempate.





Se formaron los dos equipos. Todo el pueblo de zapatos acudió al estadio municipal. Los equipos salieron al campo. Y comenzó el partido.

¡Cuánto griterío de los hinchas!

Acabó el primer tiempo. Y el marcador seguía cero a cero. Al final del segundo tiempo un zapato de punta cometió una falta. Había sido en la raya del área de penalty. El árbitro no sabía si pitar penalty o no pitarlo. La gente gritaba en los graderíos. Por fin, el árbitro se decidió. Y pitó penalty.

El penalty se lanza.

Chatín, el delantero centro, lo tiró a puerta. Y... ¡Gol, gol! El primer gol de la tarde. El gol del desempate. Había triunfado la chatimoda. Desde entonces todo el mundo achataría sus punteras.

Charolín y Mediasuela no tuvieron necesidad de achatarlas: ya eran chatas.

DON TROTAMUNDOS

Todos los zapatos y las botas volvían ya del partido. Hablaban del penalty, del gol, de la chatimoda y de la puntimoda. Nuestras dos botitas no discutían. Venían muy contentas. Se habían puesto de moda por ser chatas.

¡Qué presumidas se pasearon por el pueblo!

Al llegar a casa, Charolín se acordó del niño.

— A Tomín le hubiera gustado vernos después del partido. ¡Cuando sepa que nos hemos puesto de moda!

— Deberíamos ir pronto a decírselo.

— Sí; además, nos estará echando de menos.

— Tenemos que volver. Mañana mismo.

Las botitas se lo dijeron a sus padres.



—Muy bien. Ya habéis pasado unos días con nosotros. Ahora deberéis volveros con Tomín. Pero necesitáis saber el camino de vuelta.

Papá las llevó a casa de don Trotamundos.

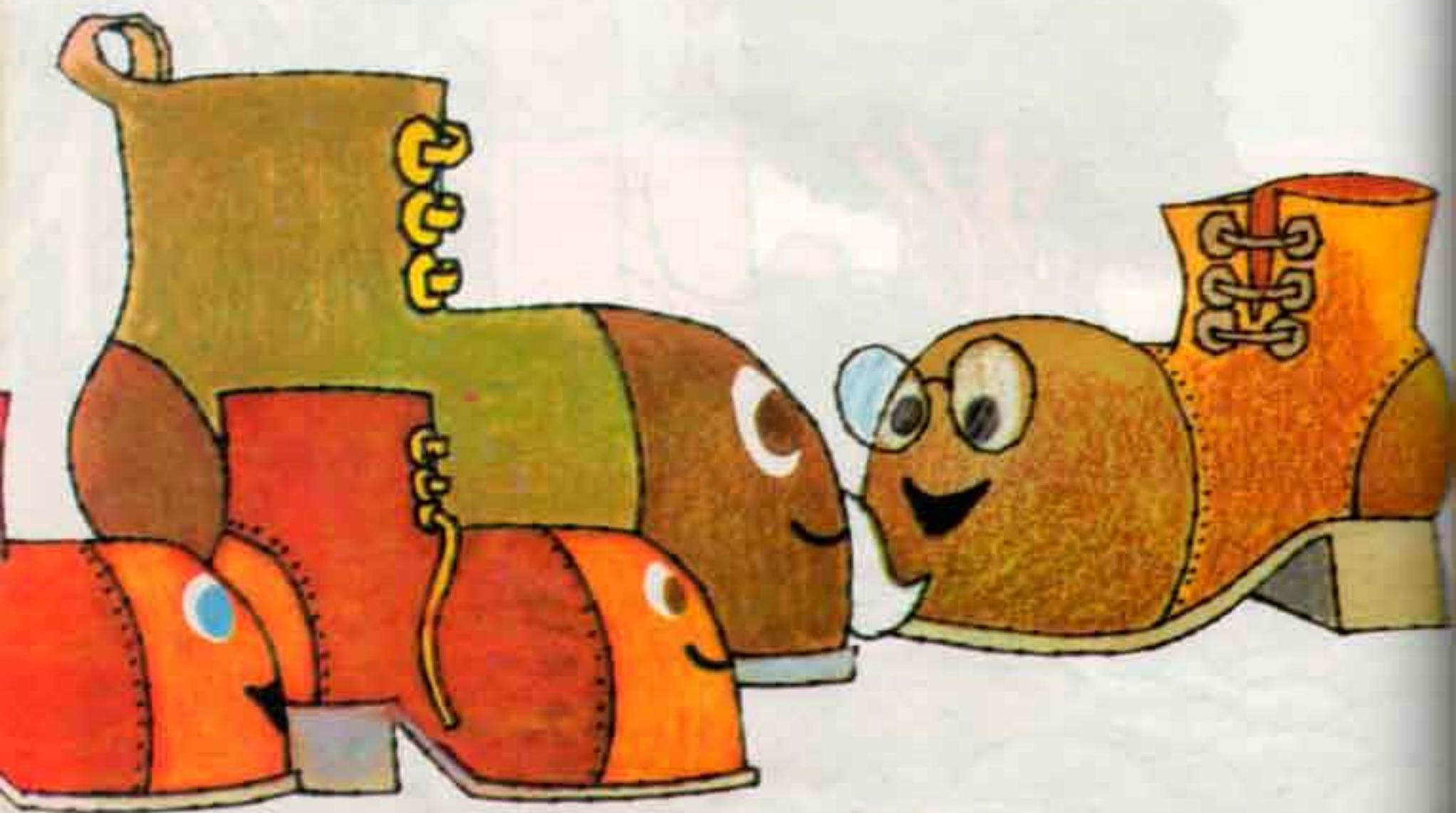
Don Trotamundos había sido un zapato muy andariego. Después de todos sus viajes lo habían hecho Alcalde. Y lo hacía muy bien, porque conocía todos los caminos. El les enseñaría a las botitas el camino de vuelta. Llegaron a casa de don Trotamundos. Todo estaba limpio. Había un agradable olor a cuero. A doña Zapatilla le gustaba tenerlo todo así. Ella era la esposa de don Trotamundos. Era la Alcaldesa.

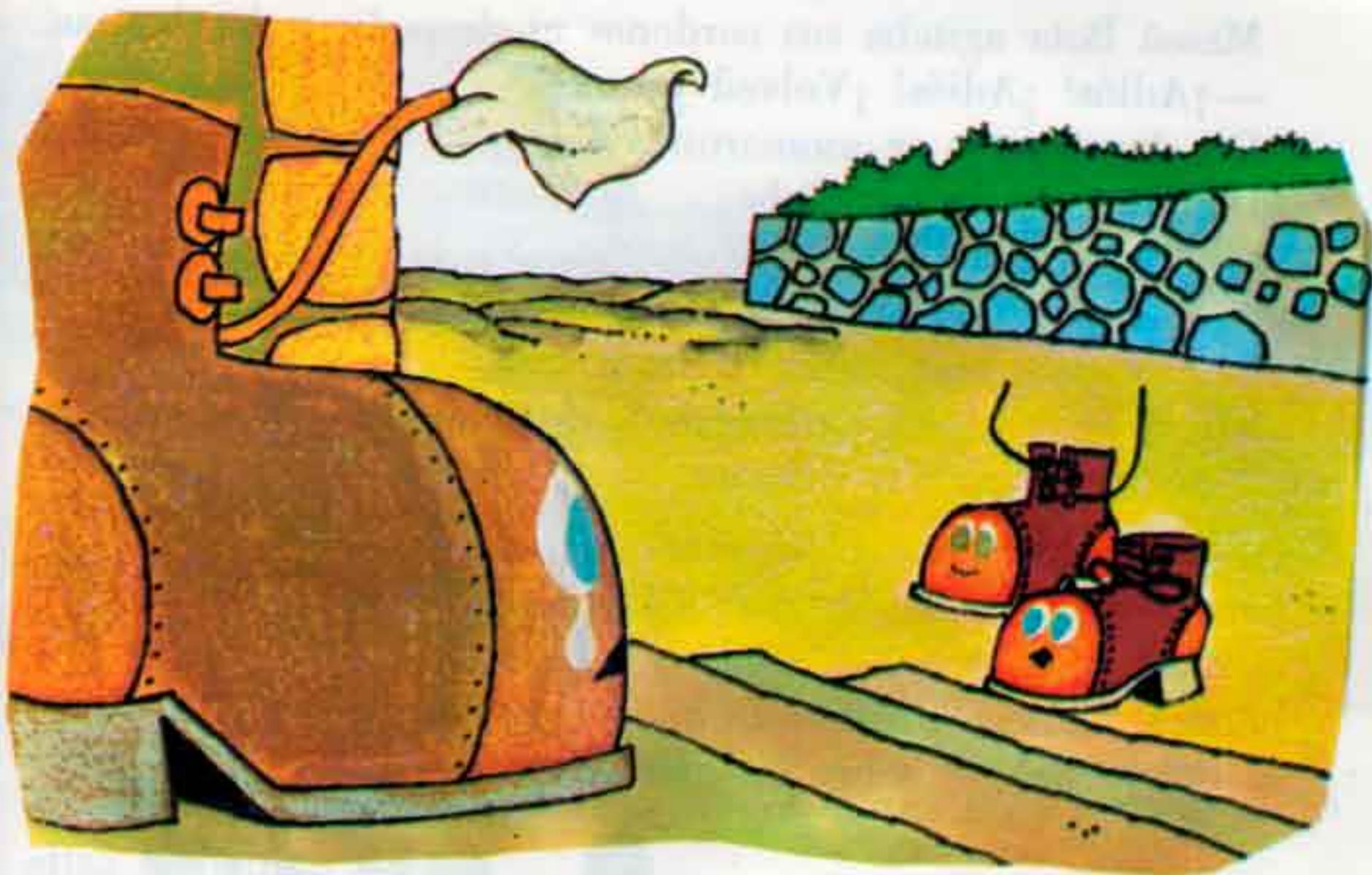
Don Trotamundos cuidaba su jardín. Su esposa lo llamó:

—Tienes visita. Deja de podar los manzanos. Yo lo haré.

Don Trotamundos dejó la tijera podadora. Y vino al zaguán donde le esperaban. Se quitó el sombrero de paja y saludó con mucha amabilidad.

— ¡Hola, don Botorro! ¡Hola, botitas! ¡Qué lindas estáis! Dadme un beso. ¿En qué puedo servirlos?





— Verá usted, don Trotamundos. Mis hijas salen hoy de viaje. Tienen que ir a la ciudad de donde vinieron.

— ¿Cómo se llama la ciudad?

— Se llama Marinera del Mar.

— ¡Oh! Allí he estado yo muchas veces. El camino es muy fácil. Sólo tenéis que embarcaros en el río. Os dejáis llevar por la corriente, y en seguida estaréis en Marinera del Mar. Este río desemboca allí.

— Gracias, don Trotamundos. Nos pondremos hoy mismo en camino. Tomín tiene que encontrarnos cuando despierte mañana. Y nos despedimos ya de usted. Que crezcan sus manzanas y las flores de su jardín. Y que vengan las mariposas a posarse sobre ellas.

— Adiós, doña Zapatilla. Ahora tenemos que ir a despedirnos de mamá y de nuestros amigos.

Mamá Bota agitaba sus cordones al despedir a las botitas.
— ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Volved pronto!

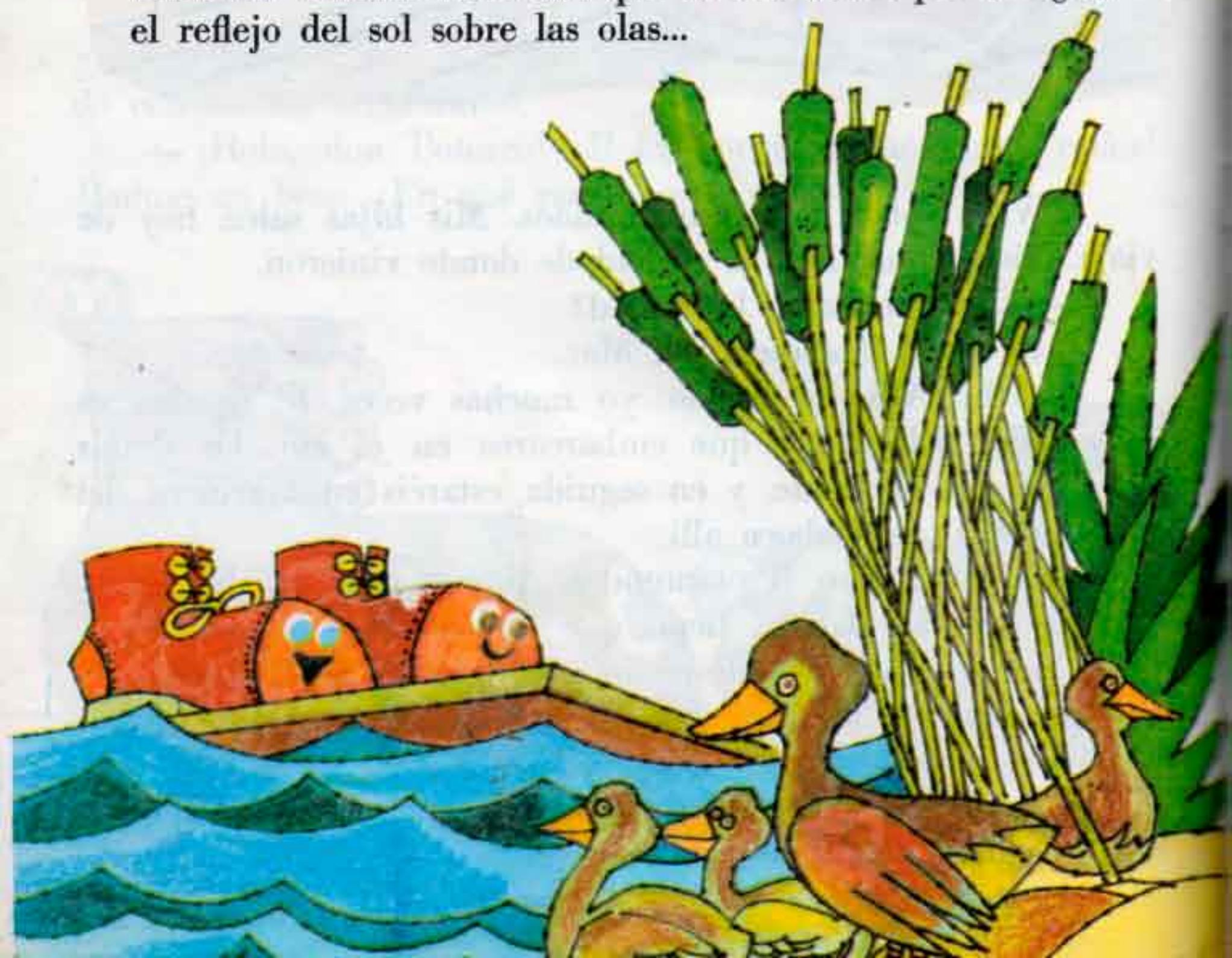
Dos lagrimones se asomaron a los ojos de mamá Bota.
Don Botorro la consolaba:

— No llores así, mujer. Volverán. Ya lo verás. Ahora saben el camino: podrán ir y venir con más frecuencia.

Pero mamá Bota volvió triste a casa.

Mientras, las botitas navegaban río abajo. Veían cosas maravillosas en las orillas del río:

familias y nidos de patos entre los juncos,
hermosos lirios con su gran flor abierta al sol,
cigüeñas que pescaban ranas y culebras,
hermosos insectos brillantes que se deslizaban por el agua,
el reflejo del sol sobre las olas...





Pronto llegaron a Marinera del Mar. Todo estaba como ellas lo habían dejado:

las casas blancas junto a la playa,
las barcas amarradas en el puerto,
los árboles saludando siempre al mar...

Era muy temprano todavía.

—Ahora tenemos que ir con mucho cuidado. Que no nos vea nadie.

—Nos iremos escondiendo de portal en portal.

Por fin llegaron a la casa del niño.

Mamá preparaba el desayuno en la cocina.

La puerta estaba entornada. Era para que el lechero dejara la botella de leche.

Charolín y Mediasuela aprovecharon la ocasión. Entraron sin hacer ruido. Al llegar a la habitación se acurrucaron. Tomín dormía en la camita. Y Cifú, el gato dormilón, aún soñaba con ratoncitos blancos. Las botitas también se hicieron las dormidas.



A las nueve, Mamá entró para llamar a Tomín.

— Vamos, despierta. Tienes que ir al colegio.

Tomín abrió los ojos. Luego saltó de la cama. Y... ¡qué sorpresa!

— Mamá, las botitas. Creíamos que se habían perdido. ¿Dónde estaban?

Pero Mamá tampoco sabía dónde habían estado.

Las botitas se miraron una a otra. Charolín guiñó un ojo a Mediasuela. Y Mediasuela se sonrió recordando su aventura. Tomín se puso las botitas. Luego tomó su desayuno. Cogió su cartera y se fue silbando al colegio.